

LOS SOLDADOS DE LA INDUSTRIA.

DRAMA ORIGINAL

en tres actos y un prólogo, en verso,

POR

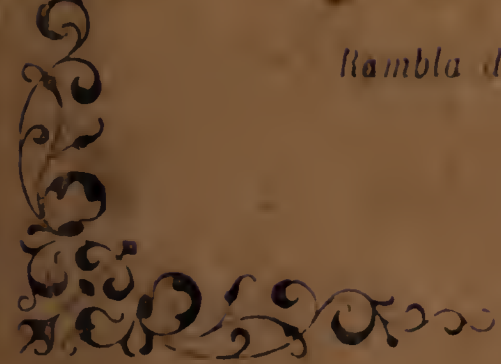
D. JOAQUÍN ASENSIO DE ALCÁNTARA

Y

D. MODESTO LLORÉNS.

Estrenado en el teatro del Circo-Barcelonés
á beneficio de la primera actriz Doña Salvadora Cairon, la noche
del 22 de enero de 1863.

BARCELONA:
I. LOPEZ BERNAGOSI, EDITOR,
LIBRERÍA ESPAÑOLA,
Rambla del centro, núm. 20 y calle Ancha, núm. 26.
1863.





LOS

SOLDADOS DE LA INDUSTRIA.



Drama en tres actos y un prólogo.

LOS

SOLDADOS DE LA INDUSTRIA.

DRAMA ORIGINAL Y EN VERSO,

en tres actos y un prólogo,

POR

D. JOAQUIN ASENSIO DE ALCÁNTARA

Y

D. MODESTO LLORÉNS.

Estrenado en el teatro del Circo-Barcelonés
á beneficio de la primera actriz Doña Salvadora Cairon, la noche
del 23 de enero de 1863.

BARCELONA:

I. LOPEZ BERNAGOSI, EDITOR,

LIBRERÍA ESPAÑOLA,

Rambla del centro, núm. 20 y calle Ancha, núm. 26.

1863.

De los mismos autores El Padre Gallifa.

Barcelona:—Imp. de *El Porvenir*, de B. Bassas, Tallers, n. 51 y 53.—1863.

Hay algo en el mundo para nosotros más odioso, mas repugnante que el abuso de la fuerza; y este algo es el abuso de la inteligencia.

. . . .

¿Cómo desde la condicion de esclavos primero, de siervos despues, de jornaleros libres más tarde, de artesanos, comerciantes, sacerdotes, letrados, etc., llegaron nuestros antepasados á ser los mas altos en dignidades, en honores, en poder y en consideracion? Templando sus almas en las purísimas fuentes del cristianismo. ¿Cómo conquistaron su personalidad, la igualdad civil y la libertad política? ¿Cómo llegaron á crear corporaciones plebeyas tan consideradas que los nobles para entrar en ellas se despojaban de sus títulos? Siendo honrados y laboriosos. En las lápidas de sus sepulcros encontrareis, encima de todo, dominándolo todo, una cruz, debajo de la cruz el nombre del difunto, y debajo el instrumento característico del oficio que ejerció en vida, á guisa de escudo nobiliario.

Estos fueron nuestros antepasados, que humillaban la cabeza ante la cruz y la erguian en presencia de los mas encopetados magnates, que léjos de avergonzarse de su condicion, la estimaban como título de nobleza hasta en las piedras funerarias; que no se apellidaban desheredados; que no eran ambiciosos del bien ageno; que no tomaban por ejemplos los vicios de los demás; que solo en el trabajo y la honradez, en el temor de Dios y en el amor al prógimo buscaban la prosperidad y el bienestar; que, como los conquistadores su espada, miraban ellos en la lanzadera, la sierra, el mazo, etc., el solo instrumento de su fortuna. Y así vivian tranquilos, considerados y amados; asi legaron á sus descendientes—imponiéndose grandes privaciones—las mas elevadas posiciones sociales. Porque ellos no eran egoistas, porque ellos sabian sacrificarse por sus hijos, porque ellos no ahogaban los sentimientos de la paternidad en la embriaguez de los goces individuales.

. . . .

. . . .

Dios que no hizo escepciones á favor del rico, dió al pobre un manantial inagotable de purísimos y gratuitos deleites en los sentimientos de familia, en la amistad, en el amor á lo grande, á lo bueno y á lo bello, que no son patrimoni de ninguna clase determinada. Fortifíquese la clase proletaria en estos sentimientos que nadie le puede quitar, que nadie le puede escatimar, y apartándose de las tentaciones del vicio que agotan las fuerzas de su cuerpo y enmohecen los resortes de su alma, mejorará su estado presente preparando á sus hijos un mas halagüeño porvenir.

No envidie, antes compadezca, á los que derriten en degradantes orgías el oro acumulado por la laboriosidad de sus padres; que á estos de-

litos del goce suceden siempre los castigos del tormento. Los mas dichosos en este mundo no son los que se entregan á placeres más costosos, sino los que espacian su ánimo en placeres más puros.

Nuestros padres que buscaban en el trabajo el ahorro, en el ahorro acumulado los materiales para el edificio de su fortuna, en las diversiones populares y poco costosas el esparcimiento del ánimo y el descanso del cuerpo para recuperar las fuerzas gastadas en el trabajo y emprenderlo con nuevos brios, en la familia un refugio y un apoyo, y en la religion un consuelo, no sufrian como nosotros el tormento de una sed insaciable de placeres enervadores y costosos, la ponzoña de ambiciones desmedidas, el gusano roedor de la envidia, el veneno del ódio, el vacío del escepticismo, ni veian atajado el curso de su tranquila existencia vigorosa por una vejez prematura.

Siga la comision en sus nobles propósitos, y su obra meritoria emancipará á sus compañeros de la tiranía de los especuladores políticos, séres pervertidos que especulan con la sangre y el alma de los pobres. Preséntese la clase proletaria rica en virtudes, y será mas respetada, más considerada y más protegida que los ricos viciosos. Entonces, no solamente los hombres honrados de todas las clases estarán á su lado para protegerla contra la injusticia, sino que hasta los más egoistas sentiránse avasallados por el imperio que ejerce la virtud.

J. Mañé y Flaquer.— *Los Jornaleros de Barcelona.* — Diario de Avisos; Mayo de 1862.

AL INSIGNE ARTISTA

D. JOSÉ VALERO.

El interés verdaderamente paternal que usted ha dispensado á nuestra obra y el tributo que queremos rendir al teatro español en la persona del primer actor dramático de nuestros dias, nos han inducido á estampar su nombre en esta página.

Dígnese acojer esta humilde dedicatoria y considere, al aceptarla, cuánta honra vamos á reportar nosotros, pobres pigmeos de la literatura, si se ven nuestros nombres enlazados al de usted, sostén el más ilustre de la tan decaida escena nacional.

Los autores.

PERSONAGES.	ACTORES.
Esperanza.	D.ª Salvadora Cairon.
Carolina.	» Felipa Diaz.
Madrona.	» Catalina Mirambell.
Anselmo.	D. José Valero.
Mariano.	» José Barceló.
Adolfo.	» Eduardo Molina.
Matías.	» Antonio Vico.
D. Pablo.	» Joaquin Aparicio.
Un Escribano.	» Antonio Valero.
Obreros.	» Antonino Bermonet
. . . .	» Mariano Ruiz.
. . . .	» Ramon Benedí.
. . . .	» José Sanchez.
Hipólito. } Criados.	
Melchor. }	

Caballeros.—Jornaleros.—Hombres del pueblo.—Un desconocido.—Un cartero.

La accion es contemporánea: la escena pasa en Barcelona (1) á escepcion del acto 2.º que tiene lugar en una fábrica de Gracia.

(1) Por razones de conveniencia dramática, se ha supuesto una fábrica de paños en Barcelona.

LOS
SOLDADOS DE LA INDUSTRIA.

PRÓLOGO.

Patio de una fábrica de paños.—En el fondo una gran verja que conduce á la calle, junto á la cual se supone haber la entrada á los talleres. — A la derecha una puerta sobre la que se lea: « Despacho. » — Otra á la izquierda en cuyo letrero se lea: « Almacen. » — Junto á la misma, la campana que dá los toques de reglamento.

ESCENA PRIMERA.

ANSELMO. — CARTERO. —Luego UN MOZO.

ANS. (Tomando un periódico y dos cartas que el Cartero le dá.)
Hola! No hubo ningun dia
tan poca correspondencia.

CART. El correo de Valencia
no ha llegado todavía.

ANS. Estos correos, cartero,
retrasan muy á menudo.

CART. ¿No vé que el tiempo es tan crudo?

ANS. Bonito mes de febrero.
(Váse el cartero por el fondo y aparece un mozo de la fábrica.)

MOZO. Ya hemos terminado.

ANS. Bien;
que vuelva al muelle Navarro

y trasporte en otro carro
seis fardos al almacen.
Recojan Onofre y Gil
las tres piezas de castor
y que al instante Melchor
las lleve al ferro-carril. (Váse el mozo.)
Anda con Dios.—Ya es la hora
dealmorzar. (Mirando al reloj.) A la campana.

(Toca la campana y óyense las voces de los obreros que abandonan su trabajo.—Cesa el ruido de la máquina.—Aparecen aquellos, unos con fiambrera, otros con plato negro, porron, etcétera.)

ESCENA II.

ANSELMO. —OBREROS.

ANS. Eh? Todo el mundo se afana
por coger la cantimplora.
—¡Cómo acudís sin tardar
al reclamo, buena gente!

OB. 2.° El hambre es tan diligente
que rábia si ha de esperar.

OB. 3.° Puesto que el cuerpo tirita
y está pidiendo un refuerzo,
démosle con el almuerzo
lo que tanto necesita.
(Volviéndose á Anselmo.)
—Si mi nuevo mayordomo
gusta, puede...

ANS. Que aproveche.

(Todos se sientan: unos en el suelo, otros en un banco y comienzan á desayunarse.)

—¿Qué se come?

OB. 3.° Aquí escabeche.

OB. 2.° Yo bacalao.

OB. 4.° Yo... lomo.
(Mostrando una sardina.)

OB. 1.° Vamos ¿á qué no adivinas
lo que dá mi cocinera?

(Desenvolviendo un papel de estraza que contiene su almuerzo.

OB. 2.° Destapa la fiambrera.
OB. 3.° Hay fi...ambre? (Con sorna.)
TODOS. (Riéndose al ver el contenido del papel.)
¡Dos sardinas!
ANS. Me hizo gracia.
OB. 2.° Entre una resma
de papel esas dos aves!...
OB. 1.° ¿Qué te sorprende? ¿No sabes
que hoy es viernes de cuaresma?
OB. 3.° Es verdad.
ANS. (A los demas.) Tiene razon.
OB. 2.° Mudos mis lábios serán.
OB. 1.° Comamos lo que nos dan
con santa resignacion.

(Anselmo entra en el despacho y vuelve á salir leyendo el DIARIO. El Obrero 1.° sigue hablando en voz baja con el 2.°)

Mi costilla vive inquieta
(Señalando la fábrica.)
porque esto concluye.
OB. 2.° Diablo!
OB. 1.° Sí; aseguran que D. Pablo
ya no tiene una peseta.
Ha llevado buena tunda
en la bolsa, y piensa ir...
OB. 3.° Hoy se quieren despedir
los de la cuadra segunda.
OB. 1.° Trata sin misericordia
la bolsa á muchos...
OB. 2.° Pues, ya!...
OB. 1.° Y cuando el oro se vá,
aparece la discordia.
OB. 2.° ¡Malo!...
OB. 1.° ¿Os causa á todos asco
esta noticia?
OB. 2.° Preciso.
OB. 1.° Pues no olvideis el aviso
porque se acerca el chubasco.
OB. 2.° Eran ciertos mis temores.
ANS. (Tal anuncio me sorprende!

¡La fábrica al fin se vende
para pago de acreedores.)

OB. 1.º Y tú, ¿no almuerzas? (A Anselmo.)

ANS. ¡Tengo una
tristeza! (Sin dejar de leer.)

OB. 1.º Muy mal empieza
quien por curar la tristeza
con letras se desayuna.

OB. 2.º ¿Qué pasa?

ANS. Nada. — Escuchad.

OB. 1.º ¿Alguna afliccion!

ANS. ¡Horrible!
(Lee.) «Si quiere un alma sensible
practicar la caridad,
acuda al número diez
de la calle de la Luna,
donde hay un niño en la cuna
y una madre en la viudez.
Esta cuitada que llora
en la indigencia, sin vista,
fué esposa del maquinista
que hirió la locomotora!»

OB. 1.º Elías!

OB. 2.º ¿Le conocias?

OB. 1.º Fué aprendiz en *el Vulcano.*
— Era amigo de mi hermano
el desventurado Elías.

ANS. Es preciso socorrer
á esos infelices.

OB. 1.º Sí.
—Anselmo, dale por mí
medio duro á su muger.

(Todos se apresuran á dar algunas monedas á Anselmo, menos el Obrero 2.º)

ANS. Bruguera, aliviar el mal
como tus amigos debes.

OB. 2.º Ya fuí á entregarles el jueves
la mitad de mi jornal.

ANS. Lo ignoraba, y te aseguro
que al saberlo un bien recibo.

OB. 2.º Sé que eres caritativo
y á imitarte me apresuro.
ANS. Hago cuanto puedo, amigo;
rico no soy, mas la puerta
de mi casa, siempre abierta
la dejo para el mendigo.
OB. 4.º Dichoso tú!..
OB. 3.º A mí me mata
ver que sin ser un gandul,
nunca encierra mi bäul
una moneda de plata.
OB. 1.º Aunque muy buen jornal tome
al terminar la semana,
no basta lo que se gana
á pagar lo que se come.
La escasez en casa es tal,
que se tendrá que volver
el padre de mi muger
á curarse al hospital.
ANS. Mal harás...
OB. 2.º Cierto.
ANS. Y no dudo
que te arrepentirás luego.
OB. 1.º Si en vez de quedarse ciego
se hubiera quedado mudo...
Pero ahora ¿qué vá á hacer
para ayudarme? Llorar.
ANS. ¿Y por eso le has de echar
de tu casa? — Y ¿tu muger?
OB. 1.º Es que al verle así me aflijo
y busco remedio en vano.
ANS. Mas la hija de ese anciano
es la madre de tu hijo,
y temerá, si cruel
dejas al que os prestó abrigo,
que hagan tus hijos contigo
lo que vas á hacer con él.
—Yo bien sé que me dirás
que el salario no te basta
por que tu familia gasta

más de lo que ganas...

OB. 1.º Más!

ANS. Pero, chico, á grandes males...
—Yo soy del trabajo esclavo,
y ¿sabes qué gano al cabo?
Cuatro duros semanales.

OB. 1.º Vivo, á pesar de mi ahinco,
en la mayor estrechez...

ANS. Hombre, si gastabas diez,
refrénate... y gasta cinco.

OB. 2.º Yo trabajo y sin embargo
llega el domingo y me abstengo
de gastar.

ANS. Mira, yo tengo (Al Obrero 1.º)
seis personas á mi cargo:
si el pariente un alma buena
vé en mí que alivia su daño,
tambien socorro al estraño;
— la caridad me lo ordena.

OB. 1.º Tú das á una multitud
y el jornal no llega á tanto.

OB. 2.º (¿Sabeis que quiere este santo?
(A los obreros que hablan entre sí.)
Un premio de la virtud.)

OB. 1.º (Me parece que se engaña
si á tal distincion intenta...)

OB. 2.º (Ya anduvo el año sesenta
en torno de la cucaña.)

OB. 1.º (Necio empeño.)

OB. 2.º (Pues se lleva
la breva y no será estraño...)

ANS. ¿Qué murmurais?

OB. 1.º Que este año
vas á llevarte la breva.

ANS. ¿Cómo? (Sin comprender.)

OB. 1.º Sabes que en un tris
estuvo la última vez...

OB. 2.º Deben premiar tu honradez
los «Amigos del Pais.»

ANS. ¿Quereis callar?

OB. 1.º En el dia

tú eres el mejor obrero.
ANS. Indigno me considero
de premio de tal valía.
OB. 2.º Pues lo que es yo, tengo indicios
de que al fin...
OB. 1.º (A los demas.) Ningun *soldado*
de la industria ha presentado
mejor hoja de servicios
que la suya.
OB. 2.º Y aun se atreve
á ocultar...
OB. 1.º No seas bestia,
que no sirve la modestia
en el siglo diez y nueve.
OB. 3.º Callad. (En tono zumbon, sin dejar de comer.)
OB. 1.º ¿Buscas altercados?
OB. 3.º Siempre predicais del mundo.
Mi vientre es poco profundo
para platos tan pesados.
ANS. Rovira es feliz! (Todos rien.)
OB. 1.º Podria,
si se vendiera juicio.
OB. 3.º Poco á poco. Tengo un vicio: (Levantándose.)
jugar á la lotería.
—Me olvidaba... Recibid,
pues quiero ser puntual,
por la rifa semanal
y la rifa de Madrid,
mis diez cuartos; que si halaga
la fortuna avara al pobre,
para que mi parte cobre
dejad que pague.
OB. 1.º Bien, paga. (Tomándolos.)
OB. 3.º La pasada rifa gano
cien duros si un *dos* es *siete*.
OB. 2.º Lástima!
OB. 3.º Tomé un billete
del *Hospital* con Mariano.
ANS. Buen truhan! Para marqués
ni pintado.

OB. 1.º Bota el cobre.
ANS. Ese es su mal; nació pobre
y no piensa que lo es.
OB. 2.º Justamente.
ANS. Hace dos dias
que los piés aquí no ha puesto.
¡ Qué carácter tan opuesto
al de su hermano Matías !
(Este aparece en la puerta del taller.)
OB. 1.º Matías es una alhaja.
ANS. Ese, si á estorbarle vas,
te dice que nunca es mas
feliz que cuando trabaja.
OB. 3.º Pero le falta levita
y que haya nacido *don* !
¿ Verdad ?
MAT. (Que se habrá ido acercando.) Te engañas, Anton.
OB. 1.º Hola ! (Sorpresa de los obreros.)

ESCENA III.

Dichos.—MATÍAS.

MAT. No se necesita
usar guantes y sombrero
para gozar fama récia,
porque todo el mundo aprecia
la chaqueta del obrero.
Nuestra sociedad anima
á quien toma el bien por base,
y el talento, en cualquier clase,
trabajando, obtiene estima.
OB. 1.º Anda, pedazo de atun, (Al Obrero 3.º)
contesta.
OB. 3.º —Quien lleva aletas...
MAT. De levitas y chaquetas
nace el provecho comun.
OB. 1.º Bien dicho !
ANS. (A Matías.) Tarde te veo ;

¿Almorzaste arriba?)

MAT. (No;
el tiempo se me pasó,
Anselmo, mas no el deseo
de veros.)

ANS. (Habla.)

MAT. (Mi hermano
le roba las alegrías
á mi madre. Hace dos dias
que no hemos visto á Mariano.)

ANS. (Lo sé; falta de su puesto
desde el mártes...)

MAT. (Sin decir...)

ANS. (Y ya no puedo encubrir
su falta. D. Pablo presto
sabrá...)

OB. 1.° (Viendo que Anselmo y Matías hablan aparte.)
Secretos?...

OB. 3.° (Maliciosamente.) Se esplica.

OB. 2.° Sí; ese á la huérfana adora,
y como ya nadie ignora
que es el padre de la chica
Anselmo... ¿Estás?

ANS. (Terminando la conversacion.) No halló medio
para que otra senda emprenda:
Mariano entró en mala senda
y se pierde sin remedio.

OB. 1.° Conque te vas á casar (A Matías.)
con Esperanza? Me alegro.

OB. 2.° Doy la enhorabuena al suegro. (A Anselmo.)

MAT. Tal nombre no le has de dar.
El padre adoptivo ha sido
de la huérfana y mi hermano
debo llamarle.

OB. 3.° Temprano
te avienes á ser marido.

MAT. No es cierto: en tiempos mejores
rendiré al amor tributo.
(Con dolor.)
Hoy Anselmo aun lleva luto

por la muerte de Dolores.
OB. 2.º Sensible pérdida!
OB. 1.º Bella (A Anselmo.)
era por cierto tu hermana.
OB. 2.º Yo hubiera de buena gana
emparentado con ella.
Mas los buenos de aquí abajo
pronto se van.
MAT. (Al Obrero 2.º) (Vé que llora!)
(Anselmo ocultando su emocion, se dirige á tocar la campana.)
OB. 1.º Eh!... Qué vas á hacer?
ANS. (Reponiéndose.) ¿No es hora
de que volvais al trabajo?
OB. 2.º (Mostrando su reloj de plata pendiente de una cinta.)
Tres minutos faltan: esta
es la hora en Barcelona.

ESCENA IV.

Dichos.—MADRONA.—ESPERANZA.

ESP. Muy buenos dias.
(Llevando una cesta debajo el brazo.)
ANS. Madrona...
MAT. (Esperanza!...) (Con gozo.)
OB. 2.º (¡Qué compuesta!)
MAT. Y Mariano? (A Madrona con interés.)
MAD. (Dándole el almuerzo.) No le hallo.
¿Dónde estará?
OB. 1.º (A los demas.) (Se alborota,
y el otro espera una sota
ver venir...
OB. 3.º (O algun caballo.)
MAD. ¡Ay, Anselmo! Ya no sé
lo que por mi ánima pasa!
ANS. No azorarse.
MAT. Idos á casa,
madre. Yo le encontraré.

MAD. Si para sus alegrias
plata en el bolsillo tiene,
¿porqué á gastarla no viene
con su madre y con Matias?

ANS. Es que debeis persuadiros
de que amor á veces ciega.

MAD. Quien soltero á su edad llega,
ya no se casa... ni á tiros.

OB. 1.º Dicen que en un tris estuvo
con cierta muchacha...

ANS. ¡Cómo!

MAD. Oh! No caben en un tomo
los nombres de las que tuvo.
Pero ninguna le saca
de sus casillas; no hay modo...
¡Ojalá huyera de todo
como huye de la *casaca*!

MAT. Madre... (Instándola á que se vaya.)

(Durante esta escena, Anselmo ha permanecido pensativo: Esperanza en el fondo, con el almuerzo para él: los obreros hablando entre sí. — Matías despues de despedir á su madre se acerca á hablar con Esperanza.)

ANS. A la tarea.

(Toca la campana y vánse todos á los talleres.)

ESP. ¿Así
me dejas?

MAT. Necio temor!
¿Si tengo al trabajo amor,
no te he de querer á ti! (Vàse con los obreros.)

ESCENA V.

ANSELMO.—ESPERANZA.

ESP. Vaya, almorzad. Aquí traigo
un manjar que sé que os gusta.

ANS. No tengo apetito.

ESP. ¿Estais
enfermo quizás? ¿Quién turba
vuestro sosiego?

ANS. ¿Porqué

has venido con la lluvia
y el frio?

ESP. Porque no quiero
que os esteis hasta la una
sin probar bocado.—Vamos,
que se enfria...—Ved: merluza.

ANS. Y ¿eso, Esperanza? (Tomando un poco y comiendo.)

ESP. Es que hoy
—fecha que no olvido nunca—
quiero obsequiaros. Há un año
que puso la calentura
vuestra existencia en peligro;
pero gracias á las súplicas
que siempre acoge piadoso
el señor de las alturas,
la vida huyó de la muerte
en precipitada fuga.
Vos y el médico os queriais
como hermanos.

ANS. Ah! Y aun dura
este cariño que el tiempo
ni la distancia sepultan.
—Al ver cercana la muerte
puse en sus manos mi última
voluntad.—Juró cumplirla
y él no falta á lo que jura.
Si me sobrevive, irás
á su lado hasta que luzcan
para tí dias mejores
que atestigüen tu ventura.

ESP. Si pensais que junto á vos
me creo infeliz, con mucha
severidad me juzgais.

ANS. ¿Pues qué? ¿Dichosa te juzgas?

ESP. Sé que el cantar de mi madre
no me adormeció en la cuna
y que nadie me responde
si «madre» el labio pronuncia:
que mi rostro palidece
si por ella me preguntan

y ni comprenden mi pena
ni mis lágrimas enjugan ;
mas yo con la frente erguida
y con la conciencia pura,
sabré honrar el apellido
que sin compasion me ocultan !

ANS. Bendita seas! (Conmovido.)

ESP. (Transicion). Yo siempre
he de entristeceros.—Huyan
de mi mente estas ideas
que vuestro sosiego truncan.
—Ya sabeis. Hoy en la mesa
colocaré al dar la una
el arroz más valenciano
que se guisa en Cataluña.
—No tardeis.

ANS. ¿Ya le compraste
los zapatos á Raimunda ?

ESP. Diez reales me llevaron.
Yo no sé como le dura
tan poco el calzado.

ANS. Deja
que Dios le conceda mucha
salud para estropearlos
y á mí trabajo, pues nunca
abandonaré á los pobres
que albergue en mi casa buscan.

ESP. El os lo premie.—Hasta luego.
(Váse Esperanza por el foro.)

ANS. Adios.—¡ Pobre criatura!

ESCENA VI.

ANSELMO.—Luego DON PABLO.

ANS. Ella su horfandad lamenta...
Luto por su madre aun viste!...
Mas yo la oculto que existe
para encubrir tal afrenta.
(Sale D. Pablo por la derecha.)

D. PAB. Dios te guarde, Anselmo.
ANS. (El amo.)
D. PAB. Hay cartas?
ANS. (Entregándoselas.) Dos.
D. PAB. Hoy confio
tener noticias de América.
ANS. Mucho tardan. Afligido
me pone tanta demora,
porque allí tengo un amigo...
El alma mas escelente...
Don Jorge de Upter. (1) Si vino
á España para estudiar
el año pasado el tífus
y usted lo vió!...
D. PAB. Ya recuerdo.
Un caballero muy fino,
de noble ademan, canoso,
parco en el hablar...
ANS. El mismo.
D. PAB. ¿Porqué razon le confieres
de amigo el honroso título?
ANS. Porque le debo la vida (Conmovido.)
y la paz de mi recinto!
Fué mi médico; sacóme
del mas terrible peligro
que aqueja á un padre; dejar
en la miseria á sus hijos
cuando de la pobre abuela
aun dormitan al abrigo.
Una estrecha simpatía
nos unió con lazos íntimos,
á él, un sabio generoso
con este obrero sencillo!
Frecuenté su casa; puso
además mucho cariño
en Esperanza, la huérfana
que desde niña cobijo,
y desde entonces los dos

(1) Pronúnciese: Apter.

como hermanos nos quisimos.

D. PAB. Y ahora, él...

ANS. Cuando el Gobierno
salir mandó á un aguerrido
ejército á que vengase
los agravios inferidos
por Montevideo á España,
Upter fué nombrado físico
mayor de la espedicion;
y aunque retirado y rico,
pues la pátria le llamaba,
acudió de pátria al grito.
Me ofreció cada correo
poner dos letras y vino
el primero y no hubo carta
para mí: se han recibido
el de catorce de octubre
y el de diciembre y me frio
porque ninguno me trae
noticias suyas!... Malditos!
Ahora retardo.

D. PAB. Parece
que todo toma mal giro
este año.

ANS. ¿Tambien usted
desmaya?

D. PAB. Qué hacer!

ANS. Bonitos
estamos.

D. PAB. ¿Quién soportara
estos reveses contínuos?
La crísis fabril; el mónstruo
destructor de los tejidos,
ayer me obligó á bajar
los precios de los merinos;
más tarde me hizo espedir
los paños, perdiendo un cinco
por ciento: hoy me fuerza exánime
á ceder este edificio
á mis fieros acreedores

y aguardo solo el aviso
de que la finca ha pasado
á otras manos, para irnos
donde acabe esta existencia
de insoportables martirios.

ANS. Vamos, sosiéguese. — Ah!
Si usted me hubiera creido,
esta cesion no se hacia
hasta el momento mismísimo
de decir: Saldo de cuentas!
Luché con ánimo altivo
mientras la fábrica tuvo
un obrero y un cilindro;
roto el cilindro... el obrero
en el hospital... me rindo!

D. PAB. Pero perdiendo...

ANS. (Con decision.) Luchar.
Quien lucha, vence.

D. PAB. Yo he visto
declararse en quiebra á Fábregas,
á «la Sedera» y al «Círculo...»
Todos hacen bancarrota.

ANS. Pues poner banco de pino;
que no hay madera que rompa
la segur de los conflictos,
si la madera es robusta
y la voluntad de risco.
Punto en boca y al trabajo.

D. PAB. Ocultar yo mi pasivo!

ANS. No, señor; mostrarlo á todos,
pero la mano... en los hilos.
¿No estamos aquí nosotros?
¿No tiene usted, voto á Crispo!
un ejército de obreros...
la nata y flor del oficio?

D. PAB. Pero el trabajo...

ANS. Bicoca!
Por este no haya suspiros.
Mientras Igualada labre
sus puros lienzos de lino,

Sabadell teja algodones
y Tarrasa paños finos;
Sans bayetas, S. Andrés
tartanes de cien estilos
y Barcelona nos cubra
con sus telas de zafiros,
los catalanes querrán
para hacerse los vestidos,
ropas de casa, nó ropas
de Manchester, ni Kensington!

D. PAB. Sus manufacturas vencen
á las nuestras.

ANS. Qué embolismo!
Con la espada en los combates,
rivales, ¿no les vencimos?
¿Porqué nuestras lanzaderas
no han de vencerles lo mismo?
¿Cuándo tendrán este cielo?
¿Cuándo tendrán estos rios?
¿Cuándo tendrán estos pechos
tan laboriosos y activos?
—Donde Cataluña clave
su pendon, cesen los tiros
de sus émulas; no hay patria
que muestre timbres tan dignos.
Animo, D. Pablo — Fé,
que la fé salva el espíritu.

D. PAB. Tú crees?...

ANS. Supongo...

D. PAB. ¿Dudas?
—Ya lo ves.

ANS. Jamás. Si gimo
cuando el vendabal arrecia,
nunca al mar me precipito,
sino que sin tregua nado
hasta salir del abismo.

PAB. Dichoso tú.—Está resuelto
que se me borre del libro
de la industria; nada espero,
(Movimiento de Anselmo.)

nada escucho y me retiro.
—Veamos los corresponsales
qué me dicen. (Abre las cartas y lee.)

ANS. (No consigo
fortalecerle.)

D. PAB. ¡Qué veo!
Anselmo, me hace un pedido
el Gobierno.

ANS. Cielo santo!
¡No decia yo!..

D. PAB. Sí; míralo.

ANS. Y ¿cuánto?

D. PAB. Quince mil canas
de paño á noventa y cinco
reales la cana, pagados
al contado.

ANS. Bien; magnífico
negocio!

D. PAB. (Leyendo.) Para el ejército
que se encuentra reunido
en Montevideo.

ANS. ¡Oh, pátria!
Vivan los buenos ministros
que de la industria española
fomentan los beneficios.
—Manos á la obra.

D. PAB. (Deteniéndole.) Ten...

ANS. Corro
á las cuadras y á esos chicos
comunicaré la nueva
para que tejan solícitos.

D. PAB. Espera.

ANS. Queda mas?

D. PAB. Tú
te entregas al regocijo
sin premeditar... Mas yo,
que de ilusiones no vivo,
conozco bien los recursos
de que dispongo y te digo
que distante de aceptar

semejante compromiso,
lo rehuso, porque sé
que no pudiera cumplirlo.
ANS. Quite usted allá. ¿En qué fecha
han de estar los paños listos?
D. PAB. El veinte y dos de este mes.
ANS. (Arranque.)
En quince dias vestimos,
no diré á nuestros soldados
del Brasil y Puerto-Rico,
sino á todos los ejércitos
de la Europa reunidos.
D. PAB. Qué terquedad! Imposible.
ANS. ¿Imposible usted ha dicho!
El obrero catalan
no conoce este modismo.
—Se harán los paños.
D. PAB. ¿Ignoras
que á las cuadras he subido
á anunciarles que buscaran
trabajo porque yo.....?
ANS. Insisto
en mi tema aunque me maten;
y tan solo le suplico
que si antes de quince dias
nuestra tarea concluimos,
no consienta que á otro dueño
se traspase el edificio,
que los templos de la industria
no se venden al capricho.

ESCENA VII.

Dichos.—ADOLFO.

D. PAB. Alguien llega. (Mirando al fondo.)
ANS. Un forastero.
ADOLFO. (Desde la puerta, al ver á D. Pablo.)
(Este es sin duda.)
D. PAB. Adelante.

ADOLFO. D. Pablo Mir, fabricante...
ANS. Presente está. (Señalando á D. Pablo.)
D. PAB. Caballero...
ADOLFO. Vengo á visitarle en nombre
de don Federico Sierra,
residente en Inglaterra.
D. PAB. Pase á mi despacho...
ANS. (Este hombre...)
(Se retira á un lado observando á Adolfo.)
ADOLFO. No espere usted que permita
que se moleste.
D. PAB. (Insistiendo.) Suplico...
ADOLFO. Si su amigo Federico
con franqueza le visita,
es tambien muy natural
que los cumplidos evite
y deje que le visite
con llaneza sin igual.
(Dá una carta á D. Pablo que este lee.)
D. PAB. Pero aquí... Aunque de reácio
me tache, no he de acceder.
ADOLFO. Su fábrica vine á ver,
no vine á ver un palacio.
D. PAB. ¿Cómo está Sierra? No trata
de volver á Barcelona?
ADOLFO. No lo creo.
D. PAB. Qué! ¿Amontona
tal vez allí mucha plata?
ADOLFO. Pretende casarse.
D. PAB. Hola!
Supongo que le interesa
la mano de alguna inglesa.
ADOLFO. No; la dama es española.
D. PAB. Ah!... Sierra me manifiesta (Despues de leer.)
de su venida el objeto
y desde ahora prometo
complacerle.
ADOLFO. Gracias.
D. PAB. Esta
es ya su casa.

ADOLFO. Mañana,
que estaré mas descansado,
vendré á admirar el estado
de la industria catalana.
(Movimiento de D. Pablo.)
Sé que es floreciente, y quiero
ver con lo que se trabaja
si su fábrica aventaja
á muchas del estrangero.
Además usté es persona
de inteligencia no escasa
y por su honradez sin tasa
estimado en Barcelona.

ANS. (Bajando al proscenio.)
Desoyendo á fabricantes
de influencia y de valía
el Gobierno le confia
trabajos muy importantes.

ADOLFO. Lo supongo.

ANS. En mi cuaderno
siempre hay pedidos, de modo...
(Con marcada intencion mirando á D. Pablo).
que hoy ha de dejarse todo
para atender al Gobierno.

D. PAB. (Pero, Anselmo...) (Bajo á este.)

ANS. (Qué diablo!) (Váse á los talleres.)

ESCENA VIII.

DON PABLO.—ADOLFO.

ADOLFO. (Saber importa en seguida
si andan de capa caida
los negocios de D. Pablo.)
—Noto que por mí no activa
algo de gran interés.

D. PAB. Nada de eso.

ADOLFO. Veo que es
mi presencia intempestiva
y me retiro.

D. PAB. Usté empieza
á quebrantar lo tratado.
¿Franqueza no ha reclamado?
Tratémonos con franqueza.

ADOLFO. Complacerle és necesario.
—Ya que ocasion se presenta;
¿cuál es la fábrica en venta
que hoy se anuncia en el Diario?

D. PAB. ¿Cuál!—Lo digo con dolor!...
Esta!

ADOLFO. (Aparentando sorpresa.) ¿Es posible!-Lo siento.

D. PAB. ¡Esta, sí! Aguardo el momento
de que salga un comprador
para cedérsela.

ADOLFO. Estraño
que su amigo Federico
lo ignore.

D. PAB. Há un año era rico;
mas he perdido en un año
mi caudal, y los parientes
ven, sin abrirme los brazos,
que han vencido ya los plazos
de mis créditos pendientes.
Tamaño conflicto empero
no debe herir de rechazo
á la masa. Venció el plazo
y faltándome dinero,
manifesté que esta hacienda
es el patrimonio mio;
puesto que pagar ansío,
que se venda... ¡que se venda!
—Está resuelto.

ADOLFO. Bien, pero
con un poco de osadía
me parece que podria
recuperar el dinero
perdido y aun algo más.

D. PAB. Tal consejo no me halaga.

ADOLFO. El que no tiene, no paga.

D. PAB. No me ofuscarán jamás

los deplorables errores
que esparce la gente aleve.
El hombre honrado, si debe,
paga á sus acreedores.

ADOLFO. Preciso es que se convenza
que la vergüenza en el dia...

D. PAB. Yo la vida perderia
si perdiese la vergüenza.
Léjos de mí esa falacia
que maldigo, que aborrezco.
Si por honrado empobrezco
respetarán mi desgracia.

ADOLFO. (No perdamos tiempo, ya
que la ocasion es propicia.)
—¿Me daria usted noticia
de en cuánto tasada está
la fábrica?

D. PAB. Sí, señor.

ADOLFO. (Bien.)—¿En cuanto?

D. PAB. (Con sentimiento.) En treinta y nueve
mil duros!... Así es que en breve
se encontrará comprador.

ESCENA IX.

Dichos.—MARIANO.—Luego ANSELMO.

MAR. (Sale por el fondo y se detiene al ver á D. Pablo.)
(El amo.)

ADOLFO. (A D. Pablo.) Se me figura
que sí.

D. PAB. Cuando usted la vea
quizás compre.

ADOLFO. No es mi idea
especular...—Qué locura!
(¿De quién me valdria yo
para adquirirla!...)

MAR. (Adelante,
(Con decision y dejando ver un billete de lotería, se vá á los talleres.)

que hoy es gran dia.)
D. PAB. No obstante
sírvase ver...
ADOLFO. Ahora nó.
Tengo que hacer. (Sacando el reloj.)
(Si encontrara
una persona....) — Vendré
esta tarde. (Voces de júbilo dentro.)
D. PAB. (Viendo salir á Anselmo agitado.) Anselmo, ¿qué
significa esta algazara?
ANS. Que á Mariano, á ese holgazan,
el demonio aquí le trajo
para alejar del trabajo
á los obreros.
D. PAB. (Con admiracion.) Se van!
Mas qué causa esa alegría
tan general?
ADOLFO. ¿Qué ha pasado?
D. PAB. Tú sabrás...
ADOLFO. Les ha tocado
un premio de lotería.
D. PAB. ¿Renegará cada obrero
del deber que le encadena?
ADOLFO. El pobre se desordena
cuando columbra el dinero.
ANS. La lotería es la maula!... (Con pesar.)
D. PAB. Maldito azar! (Crece el tumulto dentro.)
ANS. Ellos son!
ADOLFO. Hoy gritan como el leon
que ansia romper la jaula.
D. PAB. Sabrán mi ruina. (Con desaliento.)
ADOLFO. Si tal.
D. PAB. Pues!...
ADOLFO. Y en árbol derribado...
ANS. Aquí siempre se ha pagado
á todos, real por real.
ADOLFO. Pero mañana...
ANS. Les cuesta
nada esperar?
ADOLFO. (Sonriendo con desden.) ¡Qué porfía!

Sacaron la lotería.
Hoy gritan....—Oid.
(Redoblan los gritos de júbilo.)
(Voces dentro.) Fiesta! Fiesta!

ADOLFO. (Ya su perdicion contemplo.)
D. PAB. Dí que vengan, que les llamo, (A Anselmo.)
pues mientras sea yo el amo
quiero en casa buen ejemplo.
ANS. Aquí vienen. (Deteniéndose.)

ESCENA X.

Dichos.—MARIANO.—MATIAS.—OBREROS.

Un grupo poco numeroso de trabajadores, acaudillados por Mariano se dirige á la puerta de la calle: otro mucho mayor, en el cual figuran algunos chicos, sigue al primero en ademan de contenerle. — D. Pablo y Anselmo se colocan al paso de aquel.

D. PAB. Esperad!
(Los del primer grupo se detienen.)
MAR. ¿Qué es esperar? — Vamos. (Incitándoles.)
OBRERO. Sí.
D. PAB. Ninguno salga de aquí. (Con acento imperioso.)
ANS. Nadie saldrá: descuidad. (Resuelto.)
MAR. ¿Pensais que somos mugeres?
ANS. ¡Mariano!
MAR. ¡Por vida!
D. PAB. ¿Cómo
sin mandarlo el mayordomo
abandonais los talleres?
¿No os sonrojais? — La persona
que vuestra conducta vea,
formará una triste idea
de la culta Barcelona.
MAT. (Saliendo del segundo grupo.)
Nó todos se van, señor.
Solo una fraccion rastrera
arroja la lanzadera.
D. PAB. Sabes?... (A Matias.)
MAR. (Por éste, en tono zumbon.) Habló el orador.

D. PAB. ¿Quienes son los que se van
en rebelde barahunda?
MAT. Los de la cuadra segunda.
Rovira, Antonio, Julian...
MAR. (Servil!)
ANS. (¡La furia me abrasa!)
D. PAB. Con que emprendeis el atajo!..
¿Así estimais el trabajo?
¿Esto aprendisteis en casa?
—Ninguno responde...—¡Oh,
la culpa frases no halla!
MAR. (Adelantándose con altanería.)
Ya que todo el mundo calla,
voy á responderos yo.
D. PAB. Tú!...
MAT. D. Pablo... (Queriendo disculparle.)
ANS. (Atajando á Matías.) Cesa.
D. PAB. (A Mariano.) Al fin
me descubres lo que vales.
MAR. Son dos mil duros cabales.
Yo he forjado este motin. (Pausa.)
—La miseria aquí nos trajo
á ganarnos los sustentos.
Unos... conformes, contentos;
otros... odiando el trabajo.
Si la pereza era tal
que alguno tarde acudia,
usted daba una sangria
el sábado á su jornal.
—Despues me dijo:—«De sobra
está el que mas faltas haga,»
—porque es tan libre el que paga,
D. Pablo, como el que cobra.
Así pues, si el amo tiene
facultad de decir: «quiero
que te vayas,» el obrero
se vá... cuando le conviene.
ADOLFO. (Observando á Mariano con satisfaccion.)
(Bien hilvanado.)
D. PAB. (A los demás.) Concluid.

¿Porqué os vais? Saberlo exijo.

MAR. Nos convida al regocijo
este billete.

D. PAB. Bien... Id!
(Movimiento de los trabajadores.)

MAR. Ea, á la calle, que yo,
ageno de pesadumbres,
no he de perder mis costumbres
de gran señor.

D. PAB. Idos...

ADOLFO. (Oh) (Con regocijo.)

D. PAB. Pero encontrareis mañana
vuestros talleres cerrados.

ANS. ¿Y os apellidais *Soldados*
de la industria catalana?
¿Dejais la casa que os diera
el sustento tantos años
sin fabricar esos paños
que vuestro ejército espera!
Reniego de los traidores
á las glorias nacionales.
Sois obreros criminales:
sois... cobardes desertores!

MAR. (A sus compañeros que murmuran.)
Como no es de la partida,
gallea.

D. PAB. ¿Qué resolveis?
Por un dia...

MAR. ¿Qué quereis?
Un dia de vida, es vida.
De los nuestros, solo tres
pequeña partida cobran;
pero á estos otros les sobran
las monedas. Así pues,
otra semana se empuña
el volante sin estremos...

ANS. No mas Caínes! Queremos
Abeles en Cataluña!
El que una vez al estrago
de los vicios se rindiere,

de nosotros nada espere:
lleva el estigma de vago.
Y aquí, donde gota á gota
se ha abierto la tierra dura,
el vago es una impostura
que nuestro renombre azota!

(Los del grupo segundo manifiestan participar de las ideas de Anselmo.)

MAT. Sí!
D. PAB. Recobrad el reposo. (A los del grupo 2.º)
Les desuno de mi pacto.
ANS. Nos dañára su contacto
como el del perro rabioso.
MAT. Vacilais! (A los del grupo 1.º)
MAR. (Irónicamente.) ¿Quién no se ablanda
con sermon tan oportuno?
Pero entiendo que ninguno
desiste de la demanda.
OB. 3.º Mariano...
ID. 2.º Yo...
ID. 1.º Renunciar
al trabajo por un dia
de jolgorio... esto seria
tontera.
MAR. ¿Os quereis quedar?
OB. 1.º Pasar podrás esta vez
cuatro meses sin apuros
tú que has sacado cien duros,
mas el que ha sacado diez...
D. PAB. Eco fiel mi acento halle
en vosotros á lo menos. (A los del grupo 2.º)
—A la fábrica los buenos
y los malos... á la calle!
MAT. (Resuelto.)
Mir, tejeremos ufanos (A D. Pablo.)
dia y noche en el taller,
que ante la ley del deber
(Fijando los ojos en Mariano.)
no se conocen hermanos.
Inesperados azares

combatirémos sin pena
haciendo doble faena.
— ¿ No es cierto ? (*A los suyos.*)

TODOS. Sí.

MAT. ¡ A los telares !

(*Mariano acompañado de D. Pablo se dirige á los talleres, seguido de los obreros 1.° 2.° 3.o y 4.o y los del grupo 2.°*) (*Los del grupo 1.° á la calle.*)

MAR. (¡ Que pequeños son!) Les cuesta
(*Mirándoles salir.*)
hacerse á lo ancho!)

ANS. (*Contemplándole.*) (Fuí brusco!)

ADOLFO. (*Que durante la escena no ha perdido de vista á Mariano.*)
(Este es el hombre á quien busco.)

MAR. Fiesta, compañeros!
(*A los pocos obreros que habrán quedado con él.*)

TODOS. ¡Fiesta!
(*Lanzándose á la calle.*)

ESCENA XI.

ADOLFO.—MARIANO.—ANSELMO. (*En el fondo.*)

ADOLFO. Una palabra. (*Deteniendo á Mariano.*)

MAR. ¿ A mí ? (*Con estrañeza.*)

ADOLFO. A tí.

MAR. Me aguardan los mios ; corro...

ANS. (Mariano con ese zorro?
No me alejaré de aquí.)

ADOLFO. Espera...—Todos se van. (*Mirando á la calle.*)

MAR. ¿Qué significa?

ADOLFO. Prudencia!...

MAR. (Qué me querrá esta escelencia
inglesa ?)

ADOLFO. (*Vuelve al proscenio.*) (Léjos están.)
— Acércate.

MAR. No replico.

ADOLFO. Presta atencion.

ANS. (¿ Cómo oir

lo que se van á decir ?
— No puedo !...) (Aplicando el oido.)

ADOLFO. ¿Quieres ser rico ?
— Me miras ! — Dias felices
augura tu frente ahora:
sientes sed devoradora
de riquezas. (Movimiento de Mariano.)
Tú lo dices !

MAR. Dios Santo ! — Calma !) —Muy mal
interpretais mi porfia
cuando con la lotería
me enriquezco hoy.

ADOLFO. (Marcado.) ¡ Hoy !

MAR. Si tal.

ADOLFO. Pues el premio que presumo
vas á cobrar, á estas horas
mañana,—tú no lo ignoras,
se habrá convertido en humo.

MAR. ¿Cómo suponeis?

ADOLFO. ¿Soy ciego?
—Si eres, como en decir dan,
ambicioso y holgazan,
te devora un vicio. El juego.

MAR. Cierto!... Siete meses, siete,
que consumo mis jornales
allí! (Con exaltacion.)

ADOLFO. Esos dos mil reales
quedarán sobre el tapete.
Y á preguntarte me atrevo
en esa afliccion postrera,
sin capital, ni manera
de conseguir otro nuevo,
¿qué piensas hacer?

MAR. ¿Quien vé?

ADOLFO. No finjas indiferencia
porque leo en tu conciencia.
—Te matarás.

MAR. ¡Sí!

ADOLFO. Lo sé!
(Despues de una pausa, bajando la voz.)

Lo que se cobra se gana.
Quien se ingenia, al cabo tiene.
—Piensa lo que te conviene.

MAR. (Con frio sarcasmo.)
Bendito el sol de mañana.

ADOLFO. (Enérgicamente cogiéndole de la mano.)
Lanza de tí el desacierto.
Primero te quiero altivo
para los placeres vivo
que en la indiferencia muerto.
—Y si al fin has de acabar
abrasándote...

MAR. (Acabando la frase.) Qué muera!

ADOLFO. Nunca.—Hoguera por hoguera
fia de mí... y á gozar.
—Valor te sobra...

MAR. Invencible.

ADOLFO. Y ambicion...

MAR. El mundo es poco
para mi capricho loco.

ADOLFO. Deseas?

MAR. Con ansia horrible!

ADOLFO. Conozco tu duelo impío!

MAR. Vos!

ADOLFO. Todo.

MAR. (¡Qué es lo que siento!)

ADOLFO. Yo vivo en tu pensamiento.

ANS. (¡Dios poderoso!)

ADOLFO. (Ya es mio.)
—Despójese el operario,
mendigo de su jornal,
del proletario sayal
y aparezca el millonario.
¿Verdad que no llamo en vano
á tu codicia?

MAR. Verdad.
Mas... tanta felicidad,
¿qué le costará á Mariano?

ADOLFO. Si me secundas leal,
para tí todo el tesoro

de mis arcas: oro.

MAR. (Fuera de sí.) ¿Oro!

ADOLFO. Oro en perenne raudal!

ANS. (¡Infame!)

ADOLFO. Cierra ya ufano
la puerta á los padeceres
y apura de los placeres
la copa con firme mano.

MAR. (¿Qué hacer?—Gran Dios!)

ADOLFO. ¿Dudarás?

MAR. (Si á ser suyo me resigno...)

ADOLFO. ¿Serias tal vez indigno
de mi distincion?

MAR. (Resuelto.) Jamás.

ADOLFO. (Albricias!) Sigue al mas diestro
y darás de mano al cobre.

MAR. (¡Seré rico... rico!...)

ANS. (Pobre!
Le ha deslumbrado!)

MAR. Soy vuestro.
—Libre rienda á mi ambicion
desde este momento dais?...
—¡Ay de vos si me dejais
con mi desesperacion!

ADOLFO. (Sacando su cartera del bolsillo.)
Mediará un pacto.

MAR. A fé mia
que me conformo con él.

ADOLFO. (Rasga una hoja y con un lápiz se la presenta á Mariano.)
Tu nombre en este papel
me basta por garantia.
—Firma.—(En blanco! Esto revela
su punzante frenesí!)

MAR. (Despues de firmar el papel que devuelve á Adolfo.)
¡Salgamos presto de aquí,
que esta atmósfera me hiela!

ADOLFO. Lo que se cobra se gana.
Yo vivo en tu pensamiento.

MAR. Mandad en él.

ADOLFO. (¡Mi instrumento!) (Yéndose.)
MAR. (Desapareciendo como atraido por Adolfo.)
¡Bendito el sol de mañana!
(Vánse por el fondo.)

ESCENA XII.

ANSELMO.—D. PABLO.—Luego MATIAS.

ANS. ¡D. Pablo!...
D. PAB. Anselmo...
ANS. ¡Traicion!
Le tendia á usted la mano
un intrigante, un villano
que engendra la perdicion.
D. PAB. Habla, dí.
ANS. Nada me altera.
Mariano sigue al sicario
del crímen; á un emisario
de la potencia estrangera.
D. PAB. ¡Qué oigo!
ANS. Se le tienden lazos
á la industria catalana,
ya se maquina y se hilvana
para destruirla en pedazos!
D. PAB. ¡Herirnos en nuestros lares!...
MAT. Anselmo, se necesita
que la máquina trasmita
movimiento á los telares.
ANS. Si ese estrangero pensó
entorpecernos así,
el catalan dirá «sí»
aunque diga el orbe «nó!»
D. PAB. Y ¿el maquinista?
MAT. Se fué;
y si no hay nadie que ejerza
el cargo, ceder es fuerza.
ANS. Yo el maquinista seré.
Yo iré al batan!
MAT. (Con asombro.) ¡Vos!

ANS. ¿Lo oís?
Me dará brios y aplomo
en aras del pan que como,
la honra de nuestro país!
(Váse á los talleres, seguido de Matías.)

ESCENA XIII.

DON PABLO.—Luego ESPERANZA.

D. PAB. (Con mucha entonacion.)
Obreros, que con anhelo
negais á la industria el brazo,
ved que os hiere de rechazo
el mal.—Que escupís al cielo.
ESP. Anselmo... Anselmo! (Saliendo muy agitada.)
D. PAB. ¿Qué pasa!
ESP. Si desea usted, señor,
salvar á mi protector,
que no salga de esta casa.
D. PAB. ¿Porqué motivo te azoras?
ESP. Esa gente libertina
contra él profiere en la esquina
frases amenazadoras.
D. PAB. Jamás tu espíritu alarmen
esas bravatas feroces. (Gritos dentro.)
Nada temas.—Mas ¿qué voces?

ESCENA XIV.

Dichos.—MATIAS.—ANSELMO.—OBREROS.

(Anselmo aparece con el brazo magullado, conducido por algunos obreros.)

ANS. Don Pablo... (Con voz desfallecida.)
ESP. (Acudiendo.) ¡Vírgen del Cármen!
OB. 1.º Llevémosle al hospital.
D. PAB. No: en mi casa y en mi lecho...
MAT. ¡Le ha roto el brazo derecho
esa máquina infernal!

ANS. (Con energía sobrehumana.)
Otro su brazo prevenga...
y si ejemplo busca en mí,
que triunfe EL TRABAJO aquí
mientras un obrero tenga.

MAT. ¡Quién lo duda!

ANS. Vuestro empeño...
á Cataluña sostiene!... (Inclina la cabeza.)
(Todos los obreros, menos los que socorren á Anselmo, se dirigen de nuevo á los talleres.)

ESCENA XV.

Dichos.—UN ESCRIBANO.

ESC. (Desde el fondo, deteniéndoles.)
Es inútil, porqué tiene
esta fábrica otro dueño.

TODOS. ¡Ah!

ESC. Siendo el mejor postor,
se le adjudica á Mariano...

TODOS. ¡Mariano!...
(Anselmo esperimenta una fuerte sensacion y queda desmayado. Esperanza se arrodilla y alza los ojos en ademan suplicante.)

ESP. ¡Dios soberano,
salvad á mi protector!

FIN DEL PRÓLOGO.

ACTO PRIMERO.

Jardin de la casa de Mariano.—A la derecha y en el fondo pared de cerca.—Atraviesa el proscenio una verja que abre paso á la calle en direccion a la izquierda.—En esta, fachada interior de la casa con ventanas y puerta grande con tres escalones.—Caida de la tarde.

ESCENA PRIMERA.

HIPÓLITO. — MELCHOR.

MELCH. Me insurrecciona tu calma.
HIP. Pues no veo la razon.
MELCH. No sé cómo estás tan flaco.
HIP. Tú tienes la culpa.
MELCH. ¿Yo?
—Te fatiga no hacer nada.
HIP. No me calumnies, por Dios.
He arreglado con afan
las arañas del salon...
MELCH. —Hermosa vida se lleva
don Mariano. Lo acertó
al trocar las alpargatas
en calzado de charol.
HIP. Lo que puedo asegurarte
es que entre tanto esplendor
no es oro todo lo que
reluce, y temiendo estoy...

MELCH. Pues ¿ y el festin de esta noche
que se dá en celebracion
de haber sido don Mariano
nombrado comendador ?

HIP. Es para estrenar la casa,
zopenco.

MELCH. Calle! Esa voz...

ESCENA II.

Dichos.—ANSELMO.—ESPERANZA.

VOZ. (Dentro.) Por muchos años.

ANS. (Saliendo por la izquierda.) Salud
á todo el insigne gremio.

MELCH. ¿ Se obtuvo el premio ?

HIP. ¿ Qué premio?

MELCH. El premio de la virtud.

ANS. (Mostrando un billete del Banco.)
Ved : así parece. Al manco
que caridad no imploró
la sociedad le premió
con un billete del Banco. (Con alegría.)

HIP. Albricias, vate.

MELCH. ¿ Qué tal
los orfeonistas ?

ANS. Mejor
cada dia ; dando honor
al pabellon industrial.

HIP. Y á su maestro...

ANS. La fé mia
tanta influencia ha tenido,
que á enseñarles he aprendido
lo que há un año no sabia.
Ansioso de procurar
á mi familia un pedazo
de pan, ¿ viéndome sin brazo ,
lo habia de mendigar ?
No, por cierto.

ESP. En vos no hay modo

de que la desgracia os venza.

ANS. Quien tiene un brazo y vergüenza
aun no lo ha perdido todo.

HIP. Protegió al amo reácio
la suerte, sin saber cómo,
y os hizo al fin mayordomo
de su fábrica de Gracia.

MELCH. Allí, aunque me lo negueis,
sé que estais en vuestro centro.

ANS. En la fábrica me encuentro
á mis anchas... ¿Qué quereis?
(Con gozo creciente.)
Gozoso tiendo la vista
y entono sentidas quejas
contemplando á las abejas
de la seda y la batista;
á esos obreros, que ufanos,
de la máquina al rumor,
labrando van con primor
telas para sus hermanos;
á esa falange lëal
que no vencen los pesares;
á esos robustos pilares
de la gloria nacional.
Incítame aquel vaiven,
de la industria fuerte lazo,
y al ver que me falta un brazo
para trabajar tambien;
al mirarme tan sin tiento
que llevar no puedo amante
mi piedra de fabricante
al mercantil monumento,
oigo rugir el batan,
y aunque le temo, le digo:
«Vuela, vuela... ¡caro amigo!...
(Con amarga espresion.)
que así á la industria dás pan.»

HIP. Admiro vuestras razones.

MELCH. ¿Y cantais?

ANS. De vez en cuando.

Trueba ha dicho que «cantando
se alegran los corazones.»

MELCH. Si yo entonase un bemol
me apuntaba en vuestras listas.

ANS. Ninguno de mis coristas
conoce mas *sol* que el sol.

HIP. ¿De veras?

ANS. Vuelve la calma
á ese afan que es tu tesoro,
pues para entrar en mi coro
te sobra con tener alma.
Yo escribo con el deseo
que agita á mi grey inmensa;
yo compongo lo que piensa,
lo que en sus ánimas leo.
Por esto van sin preludio
adonde yo les concito.
Són que en el pecho está escrito
llega al lábio sin estudio.
—No quieras averiguar
lo que mi musa conquista.
Para ser *orfeonista*
te basta... saber amar.

ESP. Inscribidles á los dos.

MELCH. Dad *solfas* á mi torpeza.

ANS. Una: la naturaleza,
que es la música de Dios.
Con esta cuerda que vibro
tan canoros vais á ser,
como el mismo Beranger
que jamás tuvo otro libro.

ESP. ¡Ah, padre!

HIP. Tomad asiento.

ANS. Lo acepto: estoy fatigado.
Toda la mañana he estado
(Sentándose en un banco de piedra.)
de pié en el salon de Ciento.
Hoy si que no pienso ahorrar
los cuatro cuartos del coche.

ESP. Pues qué? Os volveis?

ANS. Esta noche.
ESP. ¿Renunciais á disfrutar
de la magnífica fiesta?
ANS. Vendrán á buscarme.—Estoy
comprometido.
ESP. Pues...
ANS. Doy
una comida modesta
á mis coristas.
ESP. Cuidad
que el amo...
ANS. Inútil tarea.
Los pájaros de la aldea
no están bien en la ciudad.
—Pues como te dije; espero
que la señora Madrona
ya que viene á Barcelona
te deje conmigo.—Pero
avisad sin dilacion
al amo.
MELCH. Há poco se fué.
ANS. Corriente; le aguardaré.
—Id á vuestra obligacion.
(Vánse los criados por la izquierda.)

ESCENA III.

ESPERANZA.—ANSELMO.

ESP. Tendréis que esperar al fin
como yo pensaba.
ANS. Bien;
me dice en su carta: «ven.»
Cumplo; entro por el jardin
y aquí le aguardo.
ESP. Por eso
no pongais el ceño adusto.
ANS. Es que no puede haber gusto
colmado. Me tiene preso
el corazon de amargura

la nueva que circuló.
Si Jorge Upter encontró
en el Brasil sepultura,
pierde el pendon castellano
un apoyo esclarecido;
tú un protector decidido
y yo un amigo... un hermano.

ESP. Quién sabe...

ANS. Cinco correos
que no escribe, tan puntual
siendo...—Aquel clima fatal
destruye á los europeos;
y temo que él, cuya suerte
á hacer el bien le convida,
por dar á los otros vida
haya encontrado la muerte.
—Tal vez Mariano podrá
sacarnos de este cuidado.

ESP. ¿Quién? ¿El amo? Harto ocupado
con sus placeres...

ANS. Bah, bah!
Que me necesita dijo
y á esperar dispuesto estoy.

ESP. ¿Acáso ignorais que es hoy
un dia de regocijo?

ANS. Entonces saldré de aquí
sin pronunciar una queja
ya que el cielo ver me deja
á quien tanto quiero.—Dí.

ESP. Qué?

ANS. ¿La señora Madrona
te estima?

ESP. Su hija parezco:
me trata que no merezco
tanto amor. De Barcelona
nos ausentamos por qué
su permanencia aquí fué
á despecho de Mariano.

ANS. A despecho suyo?—Ah!

ESP. Sí; mas su madre, dispuesta

á disfrutar de la fiesta
muy en breve llegará.

ANS. Me alegro; que aunque no cuadre
á Mariano su presencia,
hoy seria una imprudencia
alejar de aquí á la madre.

ESP. La menosprecia por tosca,
como él dice, y lo celebra
Adolfo...

ANS. Esa es la culebra
que en su corazon se enrosca.
Maldigo...

ESP. Cerrad al ódio
la puerta.

ANS. No haya recelo :
¿Ódio yo? Bien sabe el cielo
que seré su ángel custodio.

ESCENA IV.

Dichos.—MATÍAS.

MAT. Oh! Qué inesperado encuentro!
Anselmo...—Querida mia!
—Si supierais la alegría
que esperimento aquí dentro!...

ANS. Tambien me alegro de verte.

ESP. Yo tambien,—sábelo Dios.

ANS. Dame esa mano.

MAT. Las dos.

ANS. Cuando sonrie la suerte
todo se olvida!...

MAT. Me inquieta
tal recelo.

ANS. Es natural.

MAT. Me juzgais, Anselmo, mal.
Llevo la misma chaqueta
de entonces... testigo hoy dia
de aquellas horas de calma
en que dábamos al alma

el solaz que apetecia.
—Aquí me consume el tedio;
mas cuando aburrirme alcanza,
pensar en vos y Esperanza
es mi mas dulce remedio.

ANS. Entonces no alternarás
con las gentes que aquí acuden.

MAT. Evito que me saluden
muchas veces. Además
dar conmigo es un milagro
para el pedante de oficio,
pues mientras busca el bullicio
yo al estudio me consagro.

ANS. Sé que profesas cariño
al arte.

MAT. Con ánsia estrema.
Resuelto tengo un problema
que acaricié desde niño.
Gloria á mi patria ha de dar!

ANS. Corona entonces la obra,
que oro á tu hermano le sobra
y lo puedes realizar.

MAT. Mi hermano!...

ANS. Es muy natural
que patrocine tu intento.

MAT. Si se mofa de mi invento,
¿cómo ha de darme un real?
Mis desvelos son ya vanos.

ESP. Confianza.

ANS. Sí.

MAT. De ilusiones
vivimos!

ANS. ¿Qué te atormenta?
Tu invento ya se comenta
en multitud de reuniones
científicas. Satisfecho
vive y tu pesar acabe
porque todo el mundo sabe
que eres mozo de provecho.
(A Esperanza.)

Anímale tú, hija mia,
y tal vez hará mas caso.
Dile que estudie.

MAT. Si paso
estudiando todo el dia!

ANS. Y ¿al estudio solamente...
—Tu silencio es el preludio
de una confesion.

MAT. (Mirando á Esperanza.) Estudio...
y espero.

ESP. Me voy.

ANS. Detente.

ESP. La señora va á llegar
y si nada halla dispuesto...

MAT. ¿Viene mi madre?

ESP. Sí; presto
la podrá usted abrazar.

MAT. Unidos los corazones
de los tres...

ESP. Matías...

MAT. Ah!
Melchor te acompañará
á vuestras habitaciones.
(Váse Esperanza.)

ANS. (Mucho tarda.) (Desde el fondo.)

MAT. (Contemplando á Esperanza que se va por la puerta de la casa.)
Con su trage
humilde, así la reclamo.

HIP. (Dentro.) El amo.

ANS. Al fin llegó.

HIP. (Anunciando desde la verja.) El amo
se apea del carruage.

ESCENA V.

Dichos.—MARIANO.—CABALLEROS 1.° y 2.°

MAR. Toma: á cada corifeo (A Hipólito.)
que en torno del coche espera,
gratifícale, que hiera

el aire su clamoreo. (Váse Hipólito.)
— La derrota ha sido atroz,
señores.
(A los caballeros bajando al proscenio.)

CAB. 1.° Descomunal.

CAB. 2.° Con otra desgracia igual
sucumbe el marqués de Ardoz.

MAR. Esto pretendo.

TODOS. Bien!

MAR. Caro
le costará al vizcaino
haber dicho en el casino
que yo era avaro. ¡Yo avaro!

CAB. 2.° No sé como hay quien resista
á ese quidam.

CAB. 1.° Me encocora.

MAR. Pues ríanse ustedes: ahora
la echa de proteccionista.
Anoche nos espetó
un discurso de academia,
diciendo que no se premia
á la industria; pero yo
le vencí de mil maneras,
sosteniendo en conclusion,
que no habrá fabricacion
sin entradas estrangeras.
Y por ponerle en un tris
cueste lo que cueste, quiero
productos del estrangero,
nó productos del pais.
Dirán las gentes que yo
contra mi rival me afano
por.....

ANS. (Bajando al proscenio.) Dirán que D. Mariano
vende al pueblo en que nació.

MAR. (Anselmo!)

ANS. Dirán, que llena
su alma de encono que abrasa;
le pega fuego á su casa
para que luzca la agena.

—Sin proteccion, no hay labores
que se tejan con cariño;
porque nadie vió que el niño
camine sin andadores.

MAR. Lo malo es no precisar
al niño á que solo ande.

ANS. Cuando España sea grande,
entonces... hacedla andar.

CAB. 1.º (¡Vaya un descaro!)

CAB. 2.º (Qué franco!)

MAR. Es músico-poeta. (A los caballeros.)

CAB. 1.º Ya.
Desde Cervantes acá
no ha brillado ningun manco.

MAR. ¿Tú aquí?

ANS. Recibí en persona
un aviso...

MAR. (Contrariado.) (Y no atiné...)

ANS. Por lo cual me apresuré
á venir á Barcelona.

MAR. Caballeros, cierto asunto
me priva por un momento....
(A Melchor, que atraviesa la escena.)
Acompaña á mi aposento
á estos señores.

MELCH. Al punto.
(Vánse por la puerta de la casa.)

ESCENA VI.

MARIANO.—ANSELMO.

ANS. Se fueron; puedes hablar.

MAR. Lee. (Presentándole una carta que Anselmo lee.)

ANS. Estraña confidencia!

MAR. ¿Reprochas la diligencia
de un amigo, que celar
procura por mi respeto?

ANS. Sí; pues creo aborrecible
que lo que vive ostensible
tome formas de secreto.

MAR. ¿Luego es verdad?
ANS. ¿No sabias?...
MAR. ¿Son ciertos esos rumores
que me cuentan los amores
de Esperanza con Matías?
ANS. Pues si data del taller;
si desde niños...
MAR. Lo alabas!
Y ¿tú, torpe, fomentabas
su desvarío?...
ANS. A mí ver...
MAR. No degrades mi linage
con tolerantes empeños,
pues la sombra de estos sueños,
la sombra... me causa ultrage.
ANS. ¿En efecto...
MAR. ¿Cuándo has visto
juntarse la altiva fiera
con la mísera cordera?
ANS. Pero si tú...
MAR. Pues insisto
en que nunca autoricé
este capricho insensato,
y aunque así fuera, ahora trato
de ahogarle y yo le ahogaré.
ANS. Obra conforme la idea
que te guia. (Amargo trance.)
MAR. Al contrario: en este lance
tuya es toda la tarea.
ANS. ¿Mia?
MAR. En nombre del deber,
que no traduzco en palabras,
yo te conjuro á que abras
los ojos á esa muger.
Si lo hicieres, si el sentido
comun recobra y desprecio
le brinda solo á ese necio,
te quedaré agradecido.
Los dones de que te colmo...
ANS. Mariano!... (Con enojo.)

MAR. Irán en aumento;
y en mí hallarás el sustento
que halla la vid en el olmo.
Pero si perdida pasa
mi súplica... mi mandato,
te llamaré siempre ingrato;
é ingrato, saldrás de casa.

ANS. Desde que manco me hallé
y me ofreciste en tu hacienda
franca y segura vivienda,
tan rendido te quedé;
tanto mi espíritu llenas,
que si sangre te faltara,
yo tus venas engrosara
con la sangre de mis venas.
Tuyo soy.—Bajo tu escudo
he compuesto lo que gano.
Tuyo es todo ..

MAR. Al grano, al grano.
Rompe ese bárbaro nudo.

ANS. Me es imposible.

MAR. ¿Porqué?

ANS. Porque yo, que te daria
al punto la vida mia,
respeto la agena fé:
y creo en mi exaltacion
que si á ese nudo atentara,
con la mano profanara
un altar de adoracion.

MAR. ¡Tonto! (Irónicamente.) Llevais otros fines.

ANS. No te puedo obedecer. (Entereza.)

MAR. Eso tiene proteger
á gentecillas ruines.
Pero no más! Mi cuidado
y mi proteccion te niego,
que quien turba mi sosiego
no puede estar á mi lado.

ANS. Cúmplase tu voluntad.

MAR. Basta.

ANS. Ya estoy caminando,

con mis trovas pregonando
tu infinita caridad.

MAR. No necesito pregones
de mi hidalguía.

ANS. Lo sé:
pero de aquí no me iré
sin dejarte algunos dones.
(Saca una cartera.)

MAR. Habla y sé breve.

ANS. Al perder
el brazo, me remitiste
dinero de que digiste
que podia disponer:
como la suma era vana
para tí, guardé esos duros
en la caja de seguros
«*Bienhechora Catalana.*»
Vengo de la «*Bienhechora*»
y el capital en diez meses
te rinde los intereses
que paso á entregarte ahora.

MAR. Rasgo digno de tu númen
y que te perdono.—Sal.

ANS. (Entregándole dinero, un título y una hoja de papel escrita.)
Intereses.—Capital...

MAR. Para los pobres.

ANS. Resúmen.
—Y créeme, sin idilios;
aunque estés muy opulento,
no desparrames al viento
estos pequeños ausilios:
que sobre un grano de arena
se edifica una ciudad,
y en noche de tempestad
la choza mas chica es buena.

MAR. Bravo: dime cuanto acuda
á tu sátira discreta.
—Don Anselmo es un poeta
que tiene letra menuda.

ANS. Y grandes cuentas. (Presentando una libreta.)
MAR. Corona
la obra.
ANS. Sí, de esto me quejo;
que como me voy, te dejo
con las cuentas de Madrona.
Esponjas del capital,
qué, pues no hallan cortapisa,
absorven á toda prisa
las fuentes de tu caudal.
—Pon coto á los esplendores
de tu madre.
MAR. ¡Otro consejo!
ANS. El postrer don que te dejo
á cambio de tus favores.
—Cuando lleguen mis *soldados*
para cantar esta noche,
encarga que sin reproche
les oigan los convidados.
Ausente yo...
MAR. ¡Ya me injurias!
ANS. Dispensa, coplas de ciego...
MAR. Puedes partir con sosiego;
se aplaudirán tus canturias.
ANS. Como quizás no te cuadre
la zambra que....
MAR. (Impaciente.) ¡Por mi vida!
ANS. Rogaré que les despida,
apenas llegue, tu madre.
MAR. ¿Qué has dicho? Mi madre! Ah!
ANS. Como estais de francachela...
MAR. Frustra esa venida.—Vuela!
Haz que se quede en Sarriá!
ANS. Pero si el coche...
MAR. (¡La inmolo
á mi pasion!)
ANS. ¿Quién se lanza...?
MAR. ¡Por el amor de Esperanza!
ANS. Volveré.
MAR. Vuelve...—Mas solo!
(Váse Anselmo por el fondo.)

ESCENA VII.

MARIANO.

(Agitado.) Mi madre aquí! Será cierto?
Hoy que la muger que reina
en mi corazon, en breve
vendrá á presidir la fiesta...
¿Qué genio del mal conturba
mis deliciosas quimeras?
¿Qué hacer? Si con mas dinero
á mi madre consiguiera
alejar de Cataluña...
Doble, triplique sus cuentas!
¿Qué me importa? ¿Acaso Adolfo
no me inunda de riquezas!
—Me han dejado solo. Es hora
de adquirir fondos.— Cautela.
Aquí está la garantía
que me exige.— Otras cincuenta
acciones sobre las fábricas
que poseemos.— Me atormenta
el deseo de pagar
(Sacando varios papeles de la cartera.)
los gastos de la opulencia.
— El emisario de Adolfo
me aguarda junto á la reja.
Valor! (Se dirige al fondo.)

ESCENA VIII.

MARIANO.—DESCONOCIDO.

DESCON. Las siete.—Vé usted
que soy puntual.
MAR. Toma.
DESCON. (Recibiendo con una mano las acciones y entregando dinero con la otra.) Vengan.
MAR. ¿Me das plata ú oro?
DESCON. Oro.
MAR. Esto para tí. (Dándole una moneda.)

DESCON. (¡ Babieca !) (Váse.)

MAR. Ya respiro ; Adolfo es hombre
formal : cumple sus promesas.
—Receloso... y sin embargo
en el comercio recelan
todos. (Pausa.) ¿ Y si esas acciones
á mi poder no volvieran
jamás ? — Bah! ¿ Qué dudo ? Sirven
meramente de hipoteca.
Nuestras fábricas rindiendo
irán ganancias inmensas
y entonces de mi dinero
cobrará lo que me deja
ahora Adolfo.—El regocijo
dentro de mi alma fermenta!
Vamos...

ESCENA IX.

Dicho. —MATÍAS.

MAT. Hace cuatro dias
que á solas hablarte trato ;
conque concédeme un rato
y dispensa si...

MAR. ¡ Matías !

MAT. Tú me hiciste abandonar
el taller por el temor
de la crítica...

MAR. ¡ Y qué ! ¿ Piensas
no vivir á mis espensas
y ser un trabajador
oscuro toda tu vida ?
¡ Pobre es como tú la idea !

MAT. Te equivocas ; mi tarea
ha quedado concluida.
Mi confianza sin igual,
á tí gozoso me lleva.
Dame , Mariano, una prueba
de cariño fraternal;
y si mi dicha concilias

rindiendo á la fé tributo,
veré coronado el fruto
de mis continuas vigilias.

MAR. Tu imaginacion se exalta.

MAT. Sí, hermano, sí; de contento:
pues cima doy á mi invento
si me dás lo que me falta.

MAR. ¡Tu invento! Esas pretensiones
nécias, en locura rayan.
¿Qué inventarás, que no hayan
inventado otras naciones?
(En tono de zumba.)
Siempre por distintos modos
la última España ha de ser.

MAT. No la ultrajes, que el saber
es patrimonio de todos.
Mientras resplandezca pia
sobre esta tierra sensata
la estrella de Bonaplata
y de Domingo Badia;
mientras subsista el aliento
de aquel siglo agigantado
que legó al mundo asombrado
mares y tierras sin cuento,
hasta entonces, claro sol
será de la edad presente,
otro genio prepotente,
el insigne Munturiol!
Y con él, hijo del arte,
ese plantel de artesanos
que tremolan con sus manos
el español estandarte.

MAR. Basta ya, que el tiempo pasa
y atenciones del momento...

ESCENA X.

Dichos.—ADOLFO.

ADOLFO. ¿De qué se trata?

MAT. (Me ausento

para siempre de esta casa.
Me voy con el pecho herido,
pero mi fé queda ilesa.)

ADOLFO. Ciertamente me interesa
ver á un genio retraido
del mundo.

MAT. Es la soledad
mi mejor amigo. A Dios.

ADOLFO. Me estraña que esteis los dos
(A Mariano.)
en buena comunidad.

ESCENA XI.

MARIANO.—ADOLFO.

MAR. Es mi hermano y enterado
debes estar...

ADOLFO. No me apura
el conflicto. Esto se cura
con un buen golpe de estado.

MAR. Lo daré. Ya soy capaz
de todo.

ADOLFO. Me consta.

MAR. Adolfo!...

ADOLFO. Surcas bravamente el golfo.
Eres un varon audaz.

MAR. Indigno de tí.

ADOLFO. Más diestro,
porque naciste poquito...

MAR. Me afano.

ADOLFO. Te felicito!

MAR. Gracias, mi amado maestro.
— Te echaba á menos.

ADOLFO. Concilia
el sosiego: aquí me tienes.

MAR. Fuiste...

ADOLFO. A ordenar unos bienes
de mi disuelta familia.
Mi hermano, de quien te he hablado
varias veces ofendido,

en Ultramar ha perdido
la vida y yo le he heredado.

MAR. Jorge...

ADOLFO. Quiso ir á la guerra
y pagó el pato.

MAR. (Recordando.) Ya... sí.
— ¿Y deja mucho?

ADOLFO. Así, así.
— Séale leve la tierra.
(Prudencia!) Todos los miles
que atesore con mi aliento,
sacrificaré al fomento
de nuestras glorias fabriles.
—Ahorra. Veo que se gasta
sin mesura: reportarse.

MAR. Es peligroso rozarse
con los hombres de tu casta.

ADOLFO. Pícaro!...

MAR. Me has avezado
al rumbo.

ADOLFO. No con mi ejemplo.

MAR. Oh!... Tu morada es un templo.

ADOLFO. No; pero... moro templado.

MAR. ¿Llevas intencion?

ADOLFO. (Encogiéndose de hombros.) Combates
sin regla.

MAR. ¿Temes?

ADOLFO. Se me aja.
— Si una onza encierra mi caja,
esta... es de mi fiel Acates.
Pero tú, estando en el ócio,
no conoces la marea
que corremos.

MAR. ¡Qué! ¿Flojea...?

ADOLFO. Oscila un poco el negocio.

MAR. ¡Cómo!

ADOLFO. No digo... Modera
tu ansiedad.

MAR. En paralísis...

ADOLFO. Nos afecta algo la crisis

de la industria algodonera.
Adquirimos con desgracia
la fábrica de don Pablo
y ahora se mete el diablo
á enredarnos la de Gracia.
Pero esto pasará.

MAR. ¿Crees
nuestros daños?...

ADOLFO. Transitorios.
Los sienten muchos emporios
comerciales.

MAR. Tú posees
nuestra paz.

ADOLFO. Cobra vigor
sin que la crísis te asombre.

MAR. Como todo vá á mi nombre,
sintiera...

ADOLFO. (¡Santo pudor!)
Yo te protejo de sobra
y sabes cuánto te estimo.

MAR. Si me faltase tu arrimo...

ADOLFO. ¿Faltarte? Si eres mi obra.
Fundo en tí mis ilusiones
mas gratas.—Si yo me gozo
cuando te miro hecho un mozo
envidia de los salones.
Si me siento conmovido
al ver que te das á luz
llevando al pecho esa cruz
que para tí he pretendido.
—Queme á tus plantas la llama
de gloria, que ardiente sube:
sobre la más alta nube
cabalgue el sol de tu fama;
que yo, vistiendo el terliz
del protector generoso,
con haberte hecho dichoso
me considero feliz.

MAR. Eres bueno si los hay.

ADOLFO. Soy tu médico.

MAR. ¡ Demencia !
Sospecho que mi dolencia
no ha de encontrar su Holloway.
ADOLFO. (Alerta!) Pues ¿qué te aflige?
MAR. Feliz como soy ahora,
el recuerdo me devora
de una muger.
ADOLFO. (Con complacencia.) (¿No lo dige?)
MAR. Vive aquí la imágen bella (Abstraido.)
de la beldad que he perdido,
pues querer darla al olvido
es querer pensar en ella.
Antorcha del bien que alumbra
mi camino alguna vez.....
ADOLFO. ¿Es Carolina...?
MAR. Pardiez,
que esa estrella me deslumbra.
ADOLFO. Soberbio! Toma ese norte
y atácalo diligente.
No le eres indiferente;
bribon..! Celebra tu porte.
Y si á tal divinidad
tu númen avasallare,
no habrá ya quien se compare
contigo en celebridad.
MAR. De lograr hallaré modo
ese amor que es mi ambicion.
—Vamos, Adolfo, al salon.
ADOLFO. Vamos.—(Cogido del todo.)
(Van á entrar por la derecha y Anselmo los detiene.)

ESCENA XII.

Dichos.—ANSELMO.—Luego MELCHOR.

ANS. Mariano.
ADOLFO. Esa voz...
MAR. (A Anselmo.) ¿Qué ocurre?
ANS. Tu madre llama á la puerta.

MAR. ¿Será verdad?

ANS. Dieron prisa
á los caballos...

MAR. ¡Detenla!

MELCH. (Desde la casa.)
Preguntan ya por usted
sus amigos.

MAR. Que no vengan.

MELCH. Los salones están llenos
de convidados.

MAR. ¡Funesta
condecoracion! (Váse Adolfo por la derecha.)

ANS. ¿Deploras (Con severidad.)
que á tu madre le merezcas
la honra de entrar en tu casa?
¿Tu madre te dá vergüenza?

MAR. ¿No adivinas que su acento,
su discurso, sus maneras,
revelando nuestro orígen
van á llenarme de mengua?

ANS. De una madre cualquier falta
los hombres de honor toleran.

MAR. Es torpe.

ANS. Mas ¡te idolatra!

MAR. Se produce mal.

ANS. Paciencia.

MAR. Me zaherirán: no conoces
el rigor de la etiqueta.

ANS. ¡Es madre!

MAR. Y eso ¿qué importa?

ANS. ¡Blasfemo, deten la lengua!
—Lo que ella aquí trae; el alma
de una madre, cuando llega
á los umbrales del hijo,
que es la esencia de su esencia,
no se detiene en finuras,
no se paga de etiquetas...
eso vive en otra atmósfera
libre de vuestras miserias!

MAR. ¿Me insultas!

ANS. Tú has insultado
á la ley de tu conciencia.
MAR. Retírate.
ANS. Oigo la voz
de tu madre.
MAR. (Dominándose.) Bien.
ANS. ¡Respétala!

ESCENA XIII.

Dichos.—MADRONA.—MATIAS.—ESPERANZA.

MAD. En el jardin... Mil abrazos
le daré, aunque no le cuadre,
que un hijo para su madre
es iman de sus pedazos.
Hoy mi regocijo es tal,
que temo que al fin me venza.
(A Mariano, con efusion.)
—Abrázame, sin vergüenza.
¿Hay cosa mas natural!
MAR. Madre... es que yo...
MAD. (Mirándole con gozo.) En el vestir
á cualquier título igualas.
ANS. Se están llenando las salas
de gente.
MAR. Debo salir.
MAD. Hoy cimentas tu valia.
MAR. No. (Mudemos de capítulo.)
MAD. La noticia de tu título
nos trajo inmensa alegría.
Pues ¿y Esperanza?—No cabe
en la piel.
ESP. (Mirando á Madrona.) (Pobre anciana!)
MAD. Lo refiere tan ufana...
Todo Sarriá ya lo sabe.
MAR. ¡Se sabe en Sarriá!
ANS. Pues ¿quién
no habla de tu recompensa?
Y la prensa de hoy...

MAR. (Con mal encubierto gozo.) La prensa!
ANS. Te dá en masa el parabien.
MAD. En Sarriá, testigo es Dios,
pasamos tristes los dias;
esta sin ver á Matias,
yo, sin veros á los dos.
Con que deja esos asuntos
para otros que no son ricos,
casaremos á estos chicos...
MAR. Madre! (Con disgusto.)
MAD. Y viviremos juntos.
MAR. Renunciad á esa ilusion.
MAD. Es enlace imprescindible.
MAR. Este enlace es imposible.
—No me pidais la razon.

ESCENA XIV.

Dichos.—CAROLINA.—CABALLEROS 1.° y 2.°

ADOLFO. (Precediendo á Carolina.)
De una hermosura radiante
soy el precursor, Mariano.
Su mano espera tu mano.
MAR. Ah, Carolina! (¡En qué instante!)
CAR. Adios.—(Bajo á Mariano.) Cumplo mi palabra.
MAR. (A Carolina.)
Y está usté hermosa!... Suprema!
Permita...
CAR. (Su lábio quema.
Le subyugué.)
ADOLFO. Que se abra
la sesion.—Ved.—Dios los cria
y ellos se juntan. (A los caballeros.)
CAB. 1.° (Volviéndose á Adolfo y señalando á Madrona.)
Compadre,
¿quién es?...
ADOLFO. Su madre.
CAB. 1.° ¡Su madre.!
CAR. ¡Su madre! (¡Jesús, qué tia!)

MAD. Su madre soy.
ANS. Vámonos.
MAD. ¡Irnos!—Qué locura!—Chica,
espera.—(A Esperanza, que se va.)
MAT. (A su madre.) La gente rica
se desdeña...
MAD. No, por Dios. (Rapidez.)
—Si es así, Mariano, puedes
obedecer á la moda.
ANS. ¿Quién dice...
MAD. Para la boda
convido á todos ustedes.
CAR. ¿Qué boda?
ADOLFO. No se me alcanza...
MAR. Chocheces.
MAD. ¿Cómo?...
MAR. ¡Manías!
CAR. Pues ¿quién se casa?
MAD. Esperanza.
CAR. ¿Con quién?
MAD. ¿Con quién? Con Matías.
CAR. (Respiro.)
MAR. Nunca.—Me humilla
este empeño.
ANS. Considera...
CAR. ¡El con una camarera!
ADOLFO. Camarera y bonitilla...
ANS. (A Mariano.)
Dá libre rienda al placer
que te espera en los salones
y deja á dos corazones
que se amen.
MAR. No he de ceder.
Con tus palabras me irritas.
ANS. ¿Y tú callas? (A Matías.)
MAR. Su error vé.
(Si obedeces, te daré (A Matías.)
el oro que necesitas.)
ESP. (Oh! ¡Cuanto sufro!)
MAT. Aunque quieres

que en mi pecho tu voz vibre,
de este corazon que es libre
como el aire, nada esperes.
(Con firme acento adelantándose.)
Ninguna doblez me acosa
ni tengo en hablar reparo.
Amo á Esperanza, y declaro
que pronto será mi esposa.

MAR. ¡Imprudente! Es un desman
(A los demás, dominándose.)
de la juventud.

MAT. No yerres.

MAR. Y...

MAT. (Interrumpiéndole enérgicamente.)
Aunque tu puerta me cierres.

MAR. Y...

MAT. Aunque me quites el pan!
(Movimiento de Mariano.)
¡De mi decision te asombras!

MAR. La mia á la tuya iguala.

ESP. (Adelantándose tambien al proscenio.)
(Oh!) La humilde menestrala
no debe pisar alfombras.
Procurar es mi deber
que la reyerta termine.
—Matías, nadie imagine
que yo he de volverte á ver.
(Alejémonos de aquí
(A Anselmo, tomándole la mano.)
para que calma él recobre!)
—Pobre soy... pero no es pobre (A los demás.)
el amor que vive en mí.
Agena de seductores
placeres, mi alma se agita,
que el amor no necesita
engalanarse, señores.
—Para ser feliz te falta (A Matías.)
que no sufra tu decoro!...
(¡Ay, Anselmo!) (Bajo á éste.)

ANS. (Lloras!) (Bajo á Esperanza.)

ESP. ¡Lloro!...
—pero con la frente alta.
Esa gente... principal
que en lujo quiere la iguale,
desconoce lo que vale
mi vestido de percal.

CAR. Óyense cosas...

ADOLFO. Famosas!

CAR. Y ¿usted, Mariano, permite...
Siento que se nos invite
á presenciar estas cosas.

MAR. (A Matías.) Una palabra, una frase
que destruya tal desdoro.

MAT. No padece tu decoro:
deja, deja que me case.

(Carolina, Adolfo y los caballeros se reunen en corro, murmurando y sonriendo maliciosamente de Esperanza.)

MAR. (Con tono amenazador.)
¡Alma de hierro, obedece
la ley de la sociedad!

MAT. Tu sociedad, en verdad,
sin ley ni rey me parece.
Clavando está su saeta
en una mujer sin par.
¿Cómo la he de respetar
si á la virtud no respeta?
Nada en la tierra os apoya
para inferirla un ultraje.
Donde hay virtud, no es el traje
la mas apreciada joya.
¿Sobre un pecho virginal
buscais galas de valor?
—Tambien reside el honor
bajo un traje de percal.

ANS. Cede.

MAR. Mi razon condenas. (A Mariano.)

ANS. ¡Tengo aliento!
(Cogiendo á Esperanza del brazo.)

MAT. (Interponiéndose.) No es bastante.

Se exige mi amor gigante
para batir á esas hienas!

MAR. (Fuera de sí, se arroja sobre Matias.— Todos se precipitan en medio de ellos y detienen el brazo de Mariano.)

¡Oh!

MAD. Hijo!

ADOLFO. Señores, juicio.

MAR. ¡Sal!

MAT. Me ennoblece tu ultraje,
que no ha de hallar hospedage
la virtud donde está el vicio.
(Se encamina al fondo.)

MAD. ¡Se vá! — ¡Conque no es mentira
lo que de cumplir tratais!
Decidme que me engañais.
—Habla! (A Mariano.)

MAR. ¡Me ciega la ira!

ANS. ¿Y serás tan inhumano
que le dejes ir?

MAD. (Con dignidad.) Te exijo
que perdones á mi hijo.
—Hermano... ¡abraza á tu hermano!

ADOLFO. (¡Firmeza!) (A Mariano.)

MAD. ¡Presto!

CAR. (A Mariano.) (¡Teson!)

ADOLFO. (¡Conviene cortar la yerba!)

(Matias se detiene Mariano se siente por un instante inclinado á ceder, pero permanece insensible al oir las palabras de Carolina y Adolfo.)

ANS. Oh! ¡Todavia conserva
encono tu corazon!
¿Le ves partir y no vuelas
á sus brazos, bendiciendo
tu sangre!

ADOLFO. (A Mariano, por Matias.) (Se vá riendo.)

MAD. ¡Que no eres bueno revelas!

MAT. (Adelantándose á Mariano.)
Adios; por fin lograrás
verte libre de mi yugo.

MAR. ¡Fuera!
MAT. ¡Se vá tu verdugo...!
MAR. Como gustes.
MAD. No; jamás.
(Deteniendo á Matías del brazo.)
Humilla tu sien, Matías.
Convénzale tu humildad.
¿Tú, que eres todo bondad,
el más rebelde serias?
Le has faltado. — Diste rienda
á su insensato furor.
Cesa; que al hijo menor
toca la mayor enmienda.
(Haciendo inclinar á Matías ante Mariano.)
Tú á sus piés...
MAT. Aunque me hirió,
inclino...
MAD. (A Mariano.) (Dale un abrazo.)
CAR. (Qué posma!)
ADOLFO. (A Mariano.) (Rompe ese lazo
que te afrenta.)
MAR. (Rechazando á Matias.) ¡Madre... no!
MAD. (A Matías, irguiéndose con arrogancia.)
Vete. — Tu madre irá allí
donde te lleven tus hechos.
Tú eres digno de mis pechos...
(A Mariano.)
Mas te desconozco á tí!
— ¡Dureza de alma! Tu madre
es burda, pero una pasta.
Nadie fué de mala casta
en la *fraica* de tu padre.
No creas que pretendemos
implorar cariño en vano...
Viva feliz don Mariano;
tú y yo... ¡no le conocemos!
(Vánse Matías y Madrona por el fondo.)

ESCENA XV.

MARIANO.—ADOLFO.—CAROLINA.—ESPERANZA.
CABALLEROS.—MELCHOR.

MAR. (Mi espíritu desfallece!)
CAR. ¡Qué modales!
ADOLFO. ¡Qué maneras!
CAR. Ha estado usted rigoroso.
MAR. Señora...
ADOLFO. (Olvídalos.) (A Mariano.)
MELCH. Llegan
más convidados.
ADOLFO. Preludia
un vals de Mozart la orquesta.
Música; música, amigos,
que el baile todo lo alegra.
(A Mariano, animándole.)
Ven al salon, donde olvides
estas cuitadas escenas
y saborëes los goces
de una amistad verdadera.
Honores, gloria, renombre,
llamando están á tu puerta;
corramos á recibirles
con la sonrisa más bella.
CAR. Mariano. (Llamándole desde la puerta de la casa á la cual se dirige del brazo de uno de los caballeros.)
MAR. Señora...
ADOLFO. Al baile.
MAR. ¡Qué me apura! Al baile.
ANS. (Deteniéndole.) ¡Espera!

ESCENA XVI.

MARIANO.—ESPERANZA.—ANSELMO.
Luego ADOLFO.

ANS. Perdido estás.

MAR. ¡Ah!

ANS. Te infama
la codicia desastrosa...
(Oyense los cantos de los orfeonistas reunidos en la calle.)
Mas la virtud aun te llama!
— Oye á tu madre amorosa
que te invoca desde allí!

MAR. ¡Perdon!

ANS. Te aguarda indulgente.
— ¡Madre al fin!
(Mariano se dirige al fondo atraido por el dulce coro de los operarios y los halagos de Anselmo y Esperanza.)

MAR. ¡Voces divinas!
(Aparece Adolfo en lo alto de la escalinata con una copa en la mano.)

ADOLFO. Mariano, ¿la copa ardiente
de la ventura abominas?
(Mariano abandona á Anselmo y Esperanza despues de un momento de vacilacion y se dirige á tomar la copa de la mano de Adolfo.)

MAR. ¿La copa?... Venga!

ANS. (Dirigiéndole una mirada compasiva.)
¡Ay de tí!!
(Rompe la música del salon. Anselmo y Esperanza se van por la puerta de la verja.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Esterior de una fábrica en Gracia, circuida de una verja de hierro con puerta de entrada á la derecha.—A la izquierda, edificio con dos puertas practicables. Jardin al fondo. —Velador y sillas de verano.

ESCENA PRIMERA.

OBREROS.

OB. 1.º (Acabando de pagar los jornales.)
Ya estais pagados.
OB. 2.º No tal.
OB. 3.º Recurriremos al amo.
OB. 1.º Vuestra prudencia reclamo.
OB. 2.º Yo reclamo mi jornal.
—¡Oh, no quedarán impunes
sus infamias!...
OB. 4.º ¿Quién trabaja
á ese precio?
OB. 2.º De esta baja
debió darnos cuenta el lúnes
y no ahora...
OB. 3.º Por supuesto.
OB. 2.º El pobre obrero se afana
y al terminar la semana
no cubre su presupuesto.

OB. 1.° De la crisis los reveses
soportemos con paciencia.
OB. 2.° Si le hacen gran competencia
los algodones ingleses,
que se resigne.
OB. 1.° Me enoja,
me indigna que hables así.
OB. 2.° Yo no he de callar, y si
uno tira y otro afloja...
OB. 1.° Tira, pues, hasta que agotes
la fuerza.
OB. 2.° Sí tiraré.
OB. 3.° Rompe la cuerda, José,
mas por eso no alborotes.
OB. 1.° Sin hacerte de miel, obra...
como el hombre debe obrar;
con prudencia, sin gritar.
OB. 2.° Es que la razon nos sobra.
¿Verdad, chicos? (Incitándoles.)
OB. 3.° Yo no paso
con quince pesetas. Quiero
mi dinero.
TODOS. (Al Obrero 1.°) Sí, el dinero
ganado.
OB. 1.° ¿Soy amo acaso?
Yo deseo, á fé de Gil,
que la barca el rumbo tuerza;
mas hoy callar será fuerza
ante la crísis fabril.
Me mandan plata; la tomo
y como me ordenan, pago;
que Anselmo está ausente y hago
las veces de mayordomo.
El que en pedir se mantenga
más de lo que yo le doy,
recuerde que nada soy...
Hable al amo cuando venga.
OB. 2.° Por nosotros no abandona
Mariano su aristocracia,
ni sus obreros de Gracia

deben ir á Barcelona.
Ob. 3.° Si Anselmo estuviera aquí,
esto no sucederia.
Ob. 1.° Te engañas: el manco haria
lo mismo que yo.
Ob. 2.° No.

ESCENA II.

Dichos.—ANSELMO.

Ans. (Que ha aparecido momentos antes.) Sí.
Ob. 1.° ¡Hola!
Todos. ¡Anselmo!
Ob. 2.° Es necesario
que el amo inmediatamente
sepa que nadie consiente
la rebaja de salario.
Ans. Ya no puedo complaceros.
Ob. 3.° Hombre, ¿porqué?
Ans. Porque no.
Mariano me despidió
y me marcho, compañeros.
Ob. 1.° Ahora para tí, ausentarte
de esta casa, será...
Ans. ¡Amargo!
—Mas Dios lo quiere y me largo
con la música á otra parte!
Ob. 2.° ¡Qué ingratitud!
Ans. ¡Oh!... Rechazo
esa palabra maldita.
El un brazo necesita
y á mí me falta ese brazo.
Ob. 3.° De todos modos se porta
como quién es, ¡voto á tal!
Ob. 2.° Reclamar nuestro jornal
es lo que mas nos importa!
Ans. Reclamadlo... sin estremos.
(Mirando con desconfianza al obrero 2.°)
Ob. 2.° ¿Quién tal abuso sufrió?

OB. 4.º Aquí parece que no
ganamos lo que comemos.
OB. 2.º Busquemos al amo...
ANS. Ved
que al anochecer vendrá.
OB. 2.º ¿Lo sabes bien?
ANS. Sí; quizá
esté ya en Gracia Volved...
OB. 3.º ¿Conque tú, Anselmo, confías
que acceda?
ANS. ¿Qué duda tiene?
OB. 4.º Salgamos. (Aparece Matías.)
OB. 1.º (Mirando al fondo.) Mirad quien viene.

ESCENA III.

Dichos.—MATIAS.

MAT. Amigos mios...
OB. 1.º Matias...
OB. 3.º ¿Aquí tú?
OB. 4.º (A Matías.) Esa mano.
MAT. (Alargando la suya.) Aprieta.
Contento al veros estoy.
OB. 2.º Mi mano tambien te doy
porque aun llevas la chaqueta.
OB. 1.º —¿Qué tal tu invento? ¿Adelanta?
MAT. Si.
OB. 1.º ¿Cuándo á mostrarlo sales?
MAT. Me faltan diez mil reales.
OB. 3.º Y ¿eso, Matias, te espanta?
ANS. (Acercándose á Matías con interés.)
(¿Dónde está tu madre?)
MAT. (Ayer
se fué á casa de mi tia
con Esperanza, y confia
que pronto ha de conocer
Mariano su error.)
ANS. Ahora
que él llegará, vete adentro.

MAT. (Dirigiéndose á los obreros que hablan entre sí.)
Decid, ¿cómo es que os encuentro
en la fábrica á tal hora?
OB. 1.º Tu hermano...
OB. 2.º Ya en la opulencia
olvida el ex-operario
que al rebajar el salario
atenta á la subsistencia
de una familia.
OB. 3.º Esto irrita.
MAT. Habladle y puede...
OB. 2.º (En tono amenazador.) Sí á fé;
pero temo... que no le
agrade nuestra visita.
MAT. ¿Qué? (Enojado.)
OB. 2.º Nada.
OB. 3.º (Al obrero 2.º) (No seas bobo,
que una frase compromete.)
OB. 2.º Es que quiero...
ANS. (Al obrero 2.º) Calla y vete.
OB. 2.º Pero... (Insistiendo.)
OB. 1.º Sal de aquí. (Empujándole hácia fuera.)
OB. 2.º (Refunfuñando.) Es un robo...
ANS. Con buen modo, espero que abra
su gaveta y pague. (Apaciguándoles á todos.)
OB. 1.º Vamos,
y en la calle resolvamos
quién tomará la palabra.
(Vánse los obreros y el último el obrero 3.º á quien Anselmo detiene.)
ANS. Templa los ánimos, Blas,
de esas gentes, porque temo
llegaremos á un estremo
desagradable. (Vase el obrero 4.º)

ESCENA IV.

ANSELMO.—MATIAS.

ANS. Ya estás
á mi lado. Presumí

que despreciando mi oferta,
en vano estaría abierta
mi morada para tí.

MAT. Me ofendeis...

ANS. Vendrá Mariano
cuando el dia se sepulte
y es preciso que te ocultes
á los ojos de tu hermano.

MAT. Aquí Matías no vino
tras una pena tan honda,
para que Anselmo le esconda
cual si fuera un asesino.
Me voy al punto.

ANS. Un momento.
—Es preciso que no ignores,
ya que han sido tus amores
causa de este rompimiento,
que yo, que fuí tolerando
esa pasion, hoy te pido
dés á Esperanza al olvido.
Te lo ruego...—Te lo mando.

MAT. Imposible. (Empieza á anochecer.)

ANS. Tú ya ves
que acceder es necesario,
pues creerán de lo contrario
que me guia el interés.
Justas de tu hermano son
las quejas á no dudar.
A tí te conviene dar
entrada á la reflexion.

MAT. Mariano todo lo olvida
ante la menguada idea
de querer que esclavo sea
de su ambicion desmedida.
Como no hay poder humano
que mi propósito venza,
dá en decir que le avergüenza
la conducta de su hermano.
—El trage del pobre visto
aunque dinero á él le sobre,

que no es delito ser pobre;
tambien lo fué Jesucristo.

ANS. Puesto que la noche avanza,
ocúltate al punto ó parte.
Es imposible casarte,
Matías, con Esperanza.
Nunca el interés mezquino
mi corazon halagó.
Mañana me marcho y...

MAT. Yo
seguiré vuestro camino.

ANS. No lo esperes: á mi lado
la huérfana ha de venir
y no han de poder decir
que tu amor he fomentado.

MAT. Pensad...

ANS. De ser su marido
en tí confianza no quepa
hasta que Esperanza sepa
de su padre el apellido.

(Oyense rumores cercanos y aparecen los obreros. Anselmo vá hácia éllos: uno, sin ser visto de nadie, se acerca á Matías y le entrega una carta.)

OB. 1.º (Tratando de disuadir al obrero 2.º)
Deja...

OB. 2.º Mal rayo me parta
si cejo.

OB. 1.º Quizás te pese
luego.

ANS. ¿Qué alboroto es ese?

OB. 4.º Matías, toma esta carta.

(Matías toma la carta y á favor de la escasa luz, lee con rapidez. Anselmo aleja á los obreros y baja al proscenio cuando lo indica el diálogo.)

MAT. ¿Abierta?

OB. 4.º Si al portador
así se la dieron, quien
tal hizo, sabrá muy bien
que soy tu amigo mejor.

MAT. (Leyendo.) Te suplica por lo que mas quieras
en el mundo, que á las ocho de esta noche

acudas á la encrucijada de los cipreses, á fin de hacerte una revelacion importante acerca de Esperanza, una *Hermana de la Caridad.*
—Voy... (Va á salir y Anselmo le detiene.)

ANS. Tu hermano. Oculto allí
espera, sino me espones...
(Indicándole la segunda puerta de la casa.)

MAT. Ved que al toque de oraciones
he de estar fuera de aquí
(Debo acudir á la cita). (Váse.)

ESCENA V.

MARIANO.— CAROLINA.— ADOLFO. —OBREROS.
ANSELMO.

MAR. ¡Hola, Anselmo! Noto que andas
más que mis yeguas normandas.

ANS. Cuando andar se necesita...

OB. 2.º (Al pasar Adolfo por su lado.)
(Ya vé usted que cumplo.)

ADOLFO. (Al obrero, con rapidez.) (Audácia
y te recompensaré.)
(Doy, si entro aquí con buen pié,
el postrer golpe de gracia.)
(Baja al proscenio.)

MAR. Sillas y que estén dispuestas
las salas y el tocador.
(Anselmo acerca sillas y se reune con los obreros que permanecen en el fondo.)

OB. 2.º (Ya manda á lo gran señor.)

MAR. (A Carolina y Adolfo, invitándoles á descansar.)
En Barcelona las fiestas
cansan.— Como ejerce allí
su imperio la muchedumbre
dominguera, es mi costumbre
pasar las fiestas aquí.

ADOLFO. Lo aplaudo.

CAR. La noche ya
tiende el lóbrego capuz.

MAR. (No temo que falte luz (A Carolina, bajo.)
donde Carolina está.)
CAR. (Lisongero...)
MAR. (¡Cuánto te amo!)
(Los obreros habrán ido bajando al proscenio á pesar de la resistencia de Anselmo.)
OB. 1.° (Ten calma.) (Al obrero 2.°)
OB. 2.° (Mal me conoces.
Tú verás...)
MAR. (Volviéndose.) Eh?... — ¿Quién dá voces?
OB. 2.° Concédanos, señor amo...
MAR. Adolfo... (Como preguntando.)
ADOLFO. (A Mariano.) (Severidad;
no olvides mis instrucciones,
de lo contrario nos pones
junto á un precipicio.)
MAR. (Con dureza, á los obreros.) Hablad.
OB. 2.° Concédanos un momento
para hablar de cierto asunto.
MAR. Volved el lúnes.
OB. 2.° No; al punto,
pues se trata del sustento
de nuestras familias.
MAR. Esta
no es la hora más oportuna.
Venid mañana á la una.
OB. 2.° Mañana es dia de fiesta.
MAR. Exigentes me parece
que estais para complaceros.
OB. 2.° Lo que piden los obreros
es lo que les pertenece.
ADOLFO. (Se sublevan...)
CAR. (¡Qué descaro!) (Incitando á Mariano.)
ADOLFO. (Las gentes sensatas; tratan...) (Irónicamente.)
MAR. (Si mi cólera desatan
les ha de costar muy caro.)
— ¿Qué mas quereis? ¿No dí á Gil,
á fuer de amo puntual,
el importe del jornal,
cuando la crísis fabril

absorvia de mi caja
los últimos capitales?

OB. 2.º Es, rebajar dos jornales,
escandalosa rebaja.

MAR. Insolente!...

OB. 2.º Poned tasa
á vuestra lengua ó...

ANS. (Interponiéndose.) Mariano...
— Señor! (Con respeto.)

MAR. Te opones en vano.
Salid todos de mi casa. (Con imperio.)

ANS. ¡Conteneos!... (A los obreros.)

MAR. ¡Oh, qué gente!

ADOLFO. (Energía; decision.) (Bajo á Mariano.)

OB. 3.º (¡Levanta palacios con (A los obreros.)
el sudor de nuestra frente!...)

OB. 2.º (Ya llegará su hora.)

ANS. (Calla!...
— Retiraos, que yo haré...)

OB. 3.º (¡Cómo olvida lo que fué!)

ANS. (Marchaos, ¡por Dios!...)
(Vánse los obreros murmurando.)

MAR. (Mirándoles con altanería.) ¡Canalla!

ESCENA VI.

CAROLINA. — MARIANO. — ADOLFO. — ANSELMO.
MATÍAS. (Oculto.)

ADOLFO. Sosiego... (A Mariano.)

CAR. Mucha paciencia
se necesita.

MAR. Sí; mucha.
— Al fin y al cabo esta lucha
no es de potencia á potencia.

ADOLFO. Justamente.

MAR. En realidad
la razon á ellos asiste,
mas cederán porque es triste
cosa la necesidad.
(Anselmo se habrá ido acercando á la puerta don-

de está oculto Matías, sin ser visto de los demás.)

ANS. (Aguarda.) (Váse por la izquierda.)

MAT. (Dentro.) (¡Cómo acudir
á la cita misteriosa
sin ser visto?)

CAR. ¡Qué preciosa
fábrica!

MAR. Su porvenir
depende de la muger...
(Mirando á Carolina.)
á quien mi pecho idolatra.

ADOLFO. Advierto, comendador,
que en su cabeza hay gran falta
de juicio.

MAR. Á fé, no comprendo...

ADOLFO. Carolina dió palabra
de casamiento al marqués
de Ardoz, y si le engañára...

MAR. Ella nada ha prometido.

ADOLFO. Yo lo ofrecí y esto basta.

MAR. Suspenda usted esas bromas
que martirizan dos almas.

ADOLFO. Á ella apelo. Dí al señor
si fuí...

CAR. Yo no digo nada.

ADOLFO. Cómo! (Fingiendo desagrado.)

MAR. Ya vé usted.

CAR. Permítame,
querido tutor...

ADOLFO. Acaba.

CAR. Nada mas se me pregunte;
que el silencio tambien habla.

MAR. Sublime mujer! (Con arrebato.)

MAT. (Dentro.) (¡Imbécil!)

ADOLFO. Pronto victoria se canta.
—Aunque Carolina fuera
con su tutor tan ingrata
que le obligase á faltar
á una palabra empeñada,
conceptuo que esta boda

seria antidiplomática.

MAR. ¿Se opondrá...?

ADOLFO. La sociedad
tiene fijas las miradas
en usted y es conveniente
que no la defraude.

MAR. ¡Basta!
No necesito mentores.
Si Carolina me amara,
fuera mia.

ADOLFO. (Mirándola fijamente.) Que responda.

CAR. Me amedrenta esa mirada.
—No se enoje usted. Su gusto
ha de ser.

ADOLFO. (A Mariano.) ¿Vé usted?

ESCENA VII.

Dichos.—ANSELMO.

ANS. La sala
dispuesta está.

CAR. (A Anselmo.) Acompañadme,
que me encuentro fatigada.
(Me duele que Adolfo abuse
de este modo.)
(Váse con Anselmo por la izquierda.)

MAT. (Dentro.) (¡Y no se marchan!)

ESCENA VIII.

MARIANO.—ADOLFO.—MATÍAS. (Oculto.) Luego
ANSELMO.

MAR. Si te has propuesto acabar
conmigo, Adolfo, te engañas.

ADOLFO. Sosiégate y no asi ofendas
al que tu ventura labra.

MAR. ¡Mi ventura!...

ADOLFO. ¿Quién lo duda?

MAR. Mejor dirás mi desgracia.
—Amo á esa mujer porque
el corazon no se manda,
y tú, oponiéndote, logras
acrecentar esta llama.

ADOLFO. No; cuanto mayores sean
los obstáculos, más grata
será para tí la gloria
de conquistar á la dama.

(Sale Anselmo sin ser visto y se coloca en el fondo.)

—Vuelve la vista al pasado:
mira el presente y compara.
¿Estás contento de mí?
Ya eres rico. ¿Qué te falta?

MAR. Todo, porque en vano busco
la tranquilidad del alma!...

ADOLFO. La tendrás.

MAR. Dame la mano
de tu pupila.

ADOLFO. Cachaza!...
—El avaro marqués, todo
con el oro lo subsana;
si yo sin su beneplácito
á Carolina te daba,
tiene armas para perderme
y sospecho que esas armas
de rechazo te heririan.

MAT. (Qué lazo le tienden!)

ADOLFO. Para
que él á todo se resigne,
poco dinero te basta.

MAR. Mas ¿yo?... ¿De dónde lo saco?
Tú mandas en nuestras arcas.
Yo soy un cero.

ADOLFO. No temas.
Cuando se quiere, se alcanza
todo.—Oye.

MAR. Dí, sin ambajes.

ADOLFO. Dame facultades ámplias
de vender otras cincuenta

acciones sobre las fábricas
de nuestra propiedad.

MAR. ¿Yo?...
Si no hice mas que endosártelas
unas tras otras.

ADOLFO. Te restan
algunas.

MAR. Cincuenta.

ADOLFO. Dámelas.

MAR. Haz uso de ellas.

ADOLFO. Saldré
al mercado á cotizarlas
y el producto de su venta
será la varita mágica.

MAR. Me conformo. Mas me quedo
sin un maravedí.—Tanta
exigencia...

ADOLFO. Amigo mio,
los buenos gustos se pagan.

MAR. Y ¿me respondes?...

ADOLFO. Te juro
que antes de cuatro semanas,
Carolina será tuya
y el marqués mudo.

MAR. ¡Bien hayas!
El contento no me deja
concebir la...

ADOLFO. Calma, calma.

MAR. Ahora quisiera—perdona
si hoy me salgo de la raya,—
demostrar á esta muger
mi pasion, con una alhaja...
un aderezo...

ADOLFO. Divino;
me parece una acertada
espresion.

MAR. ¿Conque lo aplaudes?

ADOLFO. Siendo ella la soberana
de tu corazon...

MAR. La esposa

que he elegido...

ADOLFO. (Terminando.) Cosa es clara
y natural, ofrecerla
un agasajo.—Las arras.

MAR. Si tú quisieras prestarme
dinero, yo las comprara
en llegando á Barcelona.

ADOLFO. (Frunciendo el ceño.)
¿Que yo te preste?...—Mal andan
mis negocios; pero...

MAR. Adolfo;
otro sacrificio en aras
de la amistad.

ADOLFO. Haré uno
si tú con otro me pagas.

MAR. Pide, exige...

ADOLFO. (Despues de una pausa.) ¿Nos escucha
alguno?...

MAR. No.

ADOLFO. (Pecho al agua.)
—Para conseguir la venta
de las piezas estancadas
en nuestro almacen del muelle,
concédeme otra rebaja
de jornales.

MAR. Y ¿á qué objeto? (Obcecado.)

ADOLFO. Si nuestras fábricas páran
dos meses—un mes tan solo,—
las mercancias llegadas
de Inglaterra, entran en curso
y nos llenamos de plata.
Entonces recobraré
mi préstamo...

MAR. Siempre halagas
mi codicia, mas...

ADOLFO. Accede
y suelto el oro y regalas
á Carolina.

MAR. Imposible.
—¿No viste la zaragata

de hace poco?

ADOLFO. Ciertamente;
mas recuerdo tus palabras.
La necesidad asédia (Marcado.)
y el hambre jamás aguarda.
Tú nada digas: Anselmo
sacará por tí la cara...
y si lo consigue, entonces,
Mariano amigo, te armas.

MAR. Pero...

ADOLFO. ¡Titubeas!

MAR. No. (Completamente abstraido.)

ADOLFO. Llámale. (Indicándole á Anselmo.)

MAR. Oye. (Resuelto.)

ADOLFO. (Esto marcha.) (Se retira al fondo.)

ESCENA IX.

Dichos.—ANSELMO.

ANS. ¿Qué quieres? (A Mariano, con gravedad.)

MAR. Depon el ceño
adusto y escucha.

ANS. Escucho.

MAR. Con mil contratiempos lucho;
mas será inútil mi empeño
si no me ayudas.—Es cierto
que estuve duro contigo,
pero debe el buen amigo
enmendar un desacierto.
—Ahora, aconséjame.

ANS. (Dejándose llevar.) Sabes...

MAR. Ya sé que eres una alhaja.
—Díme, Anselmo... otra rebaja
¿qué tal efecto?...

ANS. No acabes.
Aleja de tí esa idea.

MAR. Pues es preciso.

ANS. Mariano,
¡no quites al artesano

el fruto de su tarea!
Vuelve, calmando ese afan,
la vista á pasados dias...
—¡Recapacita qué harias
si te quitaran el pan!

MAR. No pretendas que me asombre
ese importuno clamor.

ADOLFO. ¿Qué ocurre? (Acercándose.)

MAT. (Dentro.) (Me da rubor
ser hermano de este hombre!)

MAR. A esos... que autómatas son
sin la industria catalana,
hoy les ha dado la gana
de ponerse en rebelion.

ADOLFO. Te ven pacato, Mariano,
y hacen tu poder astillas,
pero caerán de rodillas
bajo el peso de mi mano.

ANS. En nombre del pueblo nuestro (Con bravura.)
esa amenaza rechazo.
¡Tengo todavía un brazo
para contener el vuestro!

ADOLFO. ¡Esto mas! (Con ira reconcentrada.)

MAR. ¡Ingratos son!

ANS. Mi lenguaje no os asombre.
Contestaros debo en nombre
de la civilizacion.

ADOLFO. ¡Insolente!

MAR. Adolfo... (Sosegándole.)

ADOLFO. ¿Vistes
impudencia tal!

MAR. Detente.

ADOLFO. Serás mofa de esa gente
si de tu empeño desistes.

MAR. ¿Desistir? ¡Nunca!—¿Esas voces!..
(La animacion de Mariano se trueca en terror al oir los gritos de los obreros.)

ANS. ¡Ellos son!

MAR. (¡Mi frente arde!)

ADOLFO. ¿Temes, cobarde!

MAR. ¿Cobarde

has dicho!—Mal me conoces.

ANS. Cobrar al momento ansian
—y muy justo me parece,—
lo que en ley les pertenece:
dos jornales.

MAR. Ya sabian
esta baja de antemano...

ANS. No es verdad...

ADOLFO. (Al verle vacilante.) (De cualquier modo
lo que conviene ante todo,
es tu decision, Mariano.)

MAR. Yo...

ADOLFO. (Sal á encontrarles. Haz
que tu astucia les convenza.
No temas que el tigre venza
á la serpiente sagaz.
Haz que en esa turba ilusa
el poder tuyo se ejerza;
y si abusan de la fuerza,
de la inteligencia abusa.)

MAR. Verán... (Yéndose.)

ANS. (Deteniéndole.) El furor modera
y evitarás tu ruina!...

ADOLFO. (La mano de Carolina
tuya es si cedes.)

MAR. (Fuera de sí.) ¡Ah!

ANS. ¡Espera!...

(Mariano váse apresuradamente: Anselmo le sigue.)

ESCENA X.

ADOLFO.—CAROLINA.—MATIAS. (Oculto.)

ADOLFO. Carolina, felizmente
pronto verás mi proyecto
realizado.

CAR. ¿Surtió efecto
lo de la boda?

ADOLFO. Inminente
es su ruina. Mañana,
obcecado ya...

MAT. (Dentro.) (¡Villano!)
ADOLFO. Destruirá por su mano
á la industria catalana.
CAR. Suelta tu presa.—Conviene
que el escándalo se evite.
ADOLFO. No me iré sin que le quite
el poco caudal que tiene.
Hasta aquí, si bien se mira,
no es lo ageno lo que ansío.
Mariano sabe que es mio
hasta el aire que respira.
La casa que él fué á habitar
hace un año, he descubierto
que era de mi hermano, muerto
en el Brasil sin testar.
CAR. Es Mariano para tí
mozo de mucho provecho.
ADOLFO. Con tan buen hallazgo, he hecho
lo que nunca presumí.
La piedra de toque ha sido
su desmedida ambicion.
CAR. Sí.
ADOLFO. Sin ella, mi mision
jamás se hubiera cumplido.
Aquellos génios audaces
á quienes yo represento,
están locos de contento
y me esperan... (Con maligna satisfaccion.)
CAR. Te complaces
siempre en el ageno mal.
Hipócrita!...
ADOLFO. Aquí me trajo...
mi pátrio amor. El trabajo
desuní del capital,
y con incesante anhelo
á obreros y amos vencí
y la discordia esparcí
por este industrioso suelo.
—Mañana probablemente
dejaremos esta tierra

y serás en Inglaterra
remunerada fielmente.

CAR. Confio...

ADOLFO. Retiraté,
que aquí juntos no nos vea.
(Váse Carolina por la izquierda.)

MAT. (Es necesario... ¡Qué idea!
A Mariano salvaré.
Valor.) (Baja al proscenio.)

ESCENA XI.

ADOLFO.—MATIAS.

MAT. Caballero...

ADOLFO. ¡Tú
en esta casa! (¡Oh, Dios!—Todo
lo habrá oido!...) Dí; ¿qué intentas
hacer?—Responde.

MAT. El enojo
aquí me trajo. Arrojado
como un reptil venenoso
de la casa de mi hermano;
ultrajado mi amor propio,
el cariño fraternal
ha dejado paso al ódio
y—contemple usted mi obra.—
Yo he sido de ese alboroto
la causa: de los obreros
he conseguido el soborno
y ya lo vé usté... El momento
de la venganza está próximo.

ADOLFO. (Despues de lanzarle una mirada indagadora.)
Justa es tu cólera, pero...
estoy de tí receloso.

MAT. Abreviemos, pues me incumbe
salir de aquí al dar las ocho.
—Todo lo he oido. El afan
de poder vengarme pronto,
me indujo á ocultarme. Salgo
porque al plan de usted me asócio.

ADOLFO. ¿Quieres?... (Recelando.)
MAT. Secundar su intento,
pues para servir de estorbo
oculto estuviera.
ADOLFO. (Tranquilizándose.) (Cierto.)
MAT. Es mi nflujo poderoso
con los obreros; mas temo
que si yo les abandono,
sabrá mi hermano aplacarles
con buenos ó malos modos.
ADOLFO. ¿Eso crees?
MAT. Son honrados,
demasiado los conozco.
Con el altivo, indomables,
con el débil, generosos.
—El tiempo corre y carezco
de lo necesario. Poco
necesito.
ADOLFO. Me sorprende
que el interés... (Con malicia.)
MAT. Quiere oro
el Judas que les incita
á realizar mis própositos;
y si no apago su sed,
todo fracasa. Es forzoso
darle dinero.
ADOLFO. Al instante
lo tendrás; mas yo no aflojo
un cuarto sin garantía.
MAT. (Oh!) Yo me doblego á todo.
ADOLFO. (Indicándole que se siente.)
Pues escribe.—¿Solicitas?...
MAT. Diez mil reales tan solo.
ADOLFO. Los tendrás; coge la pluma.
MAT. Dicte ya, que el tiempo es corto.
ADOLFO. «Necesito que al instante (Dictando.)
me preste usted, don Adolfo,
diez mil reales... Pretendo
vengarme del ambicioso
Mariano que me ha ultrajado...

y lo lograré con oro.
Recibí...»—Tu firma ahora.
(Dá el dinero en billetes á Matías despues de recibir el papel firmado.)
No me quitará el reposo
este pacto. Si me engañas,
te engañarás á tí propio.

MAT. (¿Qué me importa, si consigo
lo que deseo?)—Las ocho.
(Oyese la campana de un reloj y á lo léjos el toque de oracion.)
(La cita...)—Me marcho.

ADOLFO. (Con aire de triunfo.) Adios.

MAT. Adios: volveré muy pronto. (Con intencion.)

ESCENA XII.

ADOLFO.

Este amigo, se apresura
á hundir á su hermano... bien.
—Mientras él pierde un sosten
yo le convierto en mi hechura. (Pausa.)
Me duele á fé mia... ¡Oh!...
siento á veces su tormento...
(Serenándose.)
Mas no es el remordimiento
para tunos como yo.
Mañana de España emigro
y es oportuna medida,
porque aquí se halla la vida
de mi consócio en peligro.
(La noche habrá cerrado completamente. Oyese la voz de Mariano: Adolfo se retira á un lado.)

ESCENA XIII.

ADOLFO.—MARIANO.

MAR. (Dentro.) Caro ha de costaros, sí.
(Saliendo con semblante despavorido.)
—El coche ha desparecido.

Adolfo sin duda ha huido
con Carolina de aquí.
—¡Todos abusan!—Me abrasa
la sed...! La noche ha cerrado
y nadie viene á mi lado.
—Quiero dejar esta casa. (Lijera pausa.)
Siempre irá conmigo el ódio
hácia esa gente soez.
De ellos me libra esta vez
Anselmo ; mi ángel custódio.
—A los pálidos fulgores
de la luna—¡aprension loca!
creí ver entre blanca toca
el semblante de Dolores.
Bríndame dulce sosten
de un precipicio á los bordes
y con palabras acordes,
me llama... me llama al bien !...
(Alejando de sí la idea.)
No consigo persuadirme
que es la conciencia que grita :
Dolores no resucita
sinó para maldecirme.
—Oigo pasos allí dentro.
¿Será Adolfo? Sí, sin duda.

ADOLFO. (Yendo á abrazarle.)
Deja que abrazarte acuda.

MAR. Ay, amigo, al fin te encuentro.

ADOLFO. ¿Qué sucede? ¿No han querido
acceder?

MAR. Nada me digas. (Rumores dentro.)
A ser muy cruel me obligas.
Anselmo me ha defendido
valerosamente. Ahora ,
antes que el paso se ataje ,
busquemos el carruaje.

ESCENA XIV.

Dichos.—ANSELMO.—CAROLINA.

ANS. (Por la puerta de la verja, con la mayor agitacion.)
Mariano, huye sin demora...
más abajo espera el coche!
ADOLFO. (Bajo á Mariano, con fuerza.)
Nó; quédate sin temblar.
ANS. Sé que pretenden quemar
la fábrica á media noche.
MAR. Y ¡esos los honrados son!
ANS. ¿Qué dice? (Sin comprender.)
CAR. (Saliendo de la casa á las últimas palabras de Anselmo.)
Atentado horrible!
ADOLFO. Tal barbarie no es posible (Irónicamente.)
donde hay civilizacion.
MAR. Cesa, que la industria oprimen
porque el infierno los trajo!...
ANS. Quien tiene amor al trabajo
no puede querer el crímen.
Respeta á esa juventud
de corazones titanes:
—detén el labio; no hermanes
el crímen y la virtud.
—Los que entregados al vicio
nos conminan con estragos,
(Muy marcado.)
no son obreros; son... vagos,
son haraganes de oficio!
Juzgas á los tuyos mal!
—¿El obrero destructor!..
(Con mucha espresion.)
¡Nunca un buen trabajador
le fué al órden desleal!
(Crecen los rumores.)
MAR. ¿Porqué ninguno se afana,
siendo de virtud ejemplo,
en defender este templo

de la industria catalana ?
ANS. Vendrán ! —Deja que su faz
asome el crímen horrendo,
y los verás sosteniendo
el imperio de la paz.
ADOLFO. Desprecio tu fé me inspira.
VOCES. (Dentro.) Al fuego ! Al fuego !
MAR. (Con profunda ansiedad.) ¡ Se avienen
con el delito !..
ANS. (Con angustia.) (¡ No vienen !)
OBREROS. Adentro ! (Desde el fondo.)

ESCENA XV.

Dichos.—OBREROS.

(Aparecen todos provistos de armas, hachas, palos, etcétera.)

OB. 1.o Acá todos.
(Entrando por la puerta de la derecha.)
ANS. (Con júbilo á Mariano.) ¡ Mira !
Arrepentido has de verte
al conocer sus cuidados...
(Nuevos grupos de trabajadores salen á reforzar las filas de sus compañeros, entre los cuales habrá los de la escena 1.ª á escepcion del obrero 2.o)
Mira como tus soldados
acuden á defenderte.
— Dí á ese estrangero que aprenda
de los pobres industriales !
¡Tú les quitas los jornales ;
ellos defienden tu hacienda !
OB. 1.o Uno de « fuego » la voz
entre los nuestros ha dado ;
mas le habemos rechazado
al ver su instinto feroz.
ANS. El Judas con ánsia impía
trabajo aquí consiguió...
— Bien sabe el señor que yo (Por Adolfo.)
á admitirle me oponia.

OB. 3.° Los que intentan un desman,
son una innoble pandilla
de vagos.

ADOLFO. (¡ Ah !)

OB. 1.° Sin mancilla
las blusas nuestras están.

ANS. (Abrazándoles con entusiasmo.)
—¿ Cómo no ?—Cobrad aliento,
y aunque el peligro redoble,
sea cada obrero un roble ;
cada golpe un escarmiento.

VOCES. (Dentro.) Aquí !..

ANS. Cubrid los senderos,
y antes que ose esta canalla
llegar hasta él, de muralla (Por Mariano.)
sirvámosle, compañeros !

TODOS. ¡ Sí ! (Vánse en distintas direcciones sin abandonar algunos la fábrica.)

ADOLFO. (Si todo fuera un lazo !
Saldré de las dudas mias.)

CAR. (A Mariano, con terror.)
Huyamos !

MAR. (A Anselmo, que habrá tomado una hacha de las manos de un obrero.)
¿Vencer confiás
el peligro ?

ANS. Tengo un brazo ;
pero el valor y la fé
me impelen de tal manera ,
que como la lanzadera
el hacha manejaré.

CAR. Por el pabellon...

MAR. ¡Valor!
—Saldremos al campo.

ADOLFO. Acabe
tu ansiedad.

ANS. (A Mariano.) Toma la llave
y aléjate sin temor.

MAR. ¿Puedo huir en tan amargo
trance?

ADOLFO. Id.

ANS. ¿Qué duda te pára?
Vete, como si quedara
el edificio á tu cargo.
Con ellos y este caudillo (Por los obreros.)
que hacerte bueno desea,
¡ay, del que aplique una tea!
¡ay, del que toque á un ladrillo!
(Tomando la delantera hácia la puerta de la casa.)
Venid. A dejaros voy
en salvamento.
MAR. (Tomándola á Carolina la mano.) Salgamos.
(Yo fuí el peor de los amos
pero arrepentido estoy) (Váse por la izquierda.

ESCENA XVI.

ADOLFO.

Huyen y no se levanta
la llama desoladora!
(Con viva inquietud.)
¿Mi instinto habrá errado ahora?
—¿Será Cataluña santa?
(Acercándose al fondo.)
Vigilan! — Condenacion!...
Nada responde á mi ruego
mas íntimo!...
(Aparece súbitamente encendido un estremo de la fábrica de manera que las llamas se reflejan con viveza en el teatro.)
VOCES. (Dentro, de júbilo.) ¡Fuego!...
ADOLFO. Ah! Fuego!...
(Con satánico placer.)
Triunfaste al fin, corazon!

ESCENA XVII.

ADÓLFO.—MATIAS.—OBRERO 4.°

Las llamas disminuyen de intensidad por un momento. — Densa oscuridad en el escenario. Ma-

tías sale deslumdrado por los resplandores del siniestro.)

MAT. Anselmo!... Anselmo!... (Por el fondo.)

OB. 4.º (Por la izquierda.) ¿Qué pasa?

MAT. ¡Ah!... Están buscando á Mariano!...

(Toma la mano del Obrero 4.º que se acerca á la voz de Matías: Adolfo se aproxima y escucha con atencion.)

Vengo á morir con mi hermano,
pero... ¡mi frente se abrasa!
Temiendo estoy que al instante
el siniestro nos desuna. (Con ansiedad.)
Por si muero... escucha una
revelacion importante.
— De una mujer he ido en pos...
Puesta en una cruz la mano,
me ha jurado que es Mariano
padre de Esperanza!...

ADOLFO. (¡Dios!)

(Matías se encamina al fondo.)

ESCENA XVIII.

Dichos.—ANSELMO.—MARIANO.—CAROLINA.

ANS. (Seguido de Mariano y Carolina que vuelven á salir por la izquierda.)

La voraz llama enrojece
el espacio!... ¡Han descubierto
la puerta que cae al huerto
y el delito prevalece!

CAR. ¡Valednos, cielos divinos!

ANS. ¡Al fuego! (Parte el obrero 1.º)

MAT. Hermano, respira.
Vengo á salvarte... (Saliéndole al encuentro.)

MAR. (Rechazándole con espanto.) Mentira!
Tú vas con los asesinos!

MAT. Te engañas. — Torpe impostura
de Adolfo!...

(Vuelve á crecer el incendio — Muchos hombres del pueblo invaden la escena, precedidos de uno que señala á Mariano. — Los obreros del

fondo retroceden al proscenio y se colocan en torno de los interlocutores.)

HOM. Miradle!

MAT. (Sacando una pistola.) Atrás!
Aquel que dé un paso más
hallará su sepultura!

ADOLFO. (Infame!) (Por Matías.)

MAT. (A los incendiarios.) Matadme á mí
de la injusticia en el nombre.

ANS. (Con voz vibrante.)
Deja que avance este hombre.
—Entrad. ¿Qué buscais aquí?

HOM. Somos leales compañeros
de los que el sueldo no cobran.

ANS. Se bastan ellos y sobran
para defender sus fueros.

HOM. Nos aflige que sus penas
se agraven.

ANS. ¿Con qué derecho
dejais gravar vuestro pecho
con pesadumbres agenas?

HOM. Su pan nos dán los obreros
y antes que consientan robos...

ANS. ¿Oís?—Estos son los lobos
con las pieles de carneros!

HOM. Sus amigos.

ANS. (A los obreros.) ¿Ellos?

OBREROS. (Con energía y rostro amenazador.) ¡No!

ANS. El bien no ama la maldad!
(Arrollando á los hombres del pueblo con el hacha enhiesta, seguido de los obreros.—Aquellos retroceden.)
—¡Salid de la propiedad
que vuestro pié profanó!
Dios juntó á los buenos ya;
y si turbais su sosiego,
nuestro círculo de fuego
vuestras sienes quemará.

ESCENA XIX.

Dichos, menos los HOMBRES DEL PUEBLO.

MAR. Gracias, Anselmo. (Viéndolos huir.)
ANS. A tu grey
manifiesta gratitud...
Honra en esa juventud
á la espada de la ley!
(El incendio disminuye, de modo que al terminar el acto queda extinguido.)
MAT. Ya las llamas se mitigan!...
(Con inmenso regocijo.)
Sus resplandores postreros
mueren...
ANS. ¡Tambien son obreros
los que el delito castigan!
(A Mariano, con mucho entusiasmo.)
—Del progreso partidarios,
¿cómo han de empuñar las teas
si estas altas chimeneas
son sus timbres nobiliarios?
Aunque deprimirlos quieran,
jamás las leyes quebrantan,
y esos templos que levantan,
no los hunden... ¡los veneran!
—Mal pensó vuestra malicia.
Les calumniasteis sin arte.
—Ellos son tu baluarte!
(Muy marcado.)
—Ellos aman la justicia!
(Mirando á Adolfo con desprecio.)
—Dí á ese estranjero que aprenda
de los pobres industriales...
¡Tú les quitas los jornales!
¡Ellos defienden tu hacienda!!
(Atraviesan la escena los obreros en diferentes direcciones: unos acuden á donde se supone el fuego; otros con luces iluminan la escena y dejan el paso libre á Mariano para que salga.—Este váse con Carolina y Adolfo.—Anselmo y Matías se abrazan y cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon lujosamente amueblado en casa de Mariano.—En el fondo una galería de cristales por la cual se descubre el campo.—Puertas laterales : una á la derecha que conduce al esterior ; dos á la izquierda, la última de las cuales permanecerá cerrada hasta su tiempo.—Mesa con recado de escribir en el centro de la escena.

ESCENA PRIMERA.

MATIAS.

La tardanza de Mariano
empieza á tenerme inquieto.
—Al cabo de veinte meses
de constancia y de desvelos,
hoy mi suerte se decide
dando al público mi invento :
hoy mi ciega fantasía,
llevada en alas del génio,
verá la sien del artífice
ornada con lauro eterno
y en los fastos de la ciencia
quedar mi renombre impreso.
Para tí, madre adorada,
de mis afanes el premio ;
para tí, patria querida,
la prez del descubrimiento.

Como el vapor, cuya fuerza
motriz llamó mis esfuerzos
desde niño, así me llaman
en este instante los ecos
de mi corazon, que pugna
para salirse del pecho.
—No quisiera que Mariano
supiese que hoy me someto
á la prueba.—Sigue el tren
(Mirando por la galería.)
estacionado en su puesto.
—Poca gente se descubre
al rededor.—Sobra tiempo
y la distancia á que está
la máquina, segun veo,
responden á mis propósitos
con la confianza del éxito.
Alguien llega.—Él es. —¡ Dios mio !
Haced que ignore el suceso.

ESCENA II.

MATIAS.—MARIANO.

MAR. Tu presencia en esta casa
desvanece mis recelos.

MAT. Apenas cesó el peligro,
acudí en alas del viento
á buscarte. Aquí he pasado
tres horas mortales.

MAR. Luego
que abandonamos la fábrica,
Adolfo, á quien tanto adeudo,
se empeñó en que me quedara
con él y accedí á su empeño.
(Sentándose en la butaca.)
Yo no sé cómo en mi alma
no halló cabida el sosiego
todavía.—Necesito
descansar... pero no puedo !
Déjame solo.

MAT. Tu espíritu
agítase turbulento;
pugna por romper su cárcel
y en tu corazon enfermo
dás, al ver tantos errores,
cabida al remordimiento.
¿No es verdad, Mariano?

MAR. Vete.
—¡Insistirás!

MAT. Si, por cierto.
De esta entrevista depende
tu dicha, —sábelo el cielo!
Yo en tu fábrica de Gracia
ví la red en que estás preso
y espero romper sus mallas
y conducirte á buen puerto.
Esa muger del gran mundo,
á quien idolatras ciego,
te engaña.

MAR. Imposible.

MAT. Sí.
Ella es el áspid hambriento
que ansia beber tu sangre
y arrojar el esqueleto.

MAR. No pretendas colocarte
entre los dos.

MAT. A eso vengo. (Con firmeza.)
(Movimiento de indignacion en Mariano.)
Modérate. Há poco he visto
los libros de tu cajero.
— Existe un enorme déficit.
Acudirán los obreros
de acá á pedir sus jornales
y no tendrás mas remedio
que confesar...

MAR. Te equivocas.—
No sepultes en mi pecho
la horrible duda.

MAT. Al contrario;
vengo á ofrecerte el sosiego

que necesitas.

MAR. ¡Tú!...

MAT. Ayer, (Despues de una pausa.)
en las sombras del misterio,
mientras los vivos enviaban
sus plegarias á los muertos,
una voz que no mentia
dijo: « Mariano,... sabedlo,
es padre, y al invocar
en pos del remordimiento
la *esperanza* que jamás
muere en los cristianos pechos,
la que á ese nombre responda...

MAR. Acaba.

MAT. Es su hija!

MAR. ¡Cielos!
¿Esperanza es la hija mia?
¡Dímelo otra vez y ciento!

MAT. ¿Dudas?

MAR. No; la duda fuera
el martirio más horrendo...
Mas calla, que no lo sepa,
ni el aire que respiremos!...
(Bajando la voz.)
— Condúceme donde esté
esa mujer... verla quiero,
que nada ocultarse puede
á los ojos del deseo.
— ¿Debes conocerla?

MAT. No;
cubria su rostro un velo.

MAR. ¡Ah! (Cayendo en el sillon.)

MAT. Una madre y una hija
te convidan al sosiego
con este amor que enriquece
la choza del pordiosero.

MAR. ¿Una madre dices? (Con sobresalto.)

MAT. Sí.
La pobre vieja á quien quiero
como á la luz de mis ojos.

MAR. Vé á buscarlas.
MAT. Vendrán presto.
MAR. Dame los brazos.
MAT. (Abrazándole con espansion.) El alma
te diera.
MAR. ¡Cuánto te debo!

ESCENA III.

Dichos.—ADOLFO.

MAR. (Adolfo!)
MAT. Ese llanto enjuga. (Bajo á Mariano.)
MAR. Vete!... (Váse Matías por la izquierda.)
ADOLFO. (Desde la puerta derecha.)
Si estorbo... me ausento.
MAR. (Que nada note!...) Adelante... (Dominándose.)
ADOLFO. (Hola! La nueva le ha impuesto.)
(Reparando en la turbacion de Mariano.)

ESCENA IV.

ADOLFO.—MARIANO.

ADOLFO. Reniego de vuestras almas.
(Finamos.) ¿Aquí Matías?
¿Tanto ayer le aborrecias
y hoy le recibes con palmas?
—No vuelvo de mi estupor.
MAR. Aun tu lengua hiel acopia!
ADOLFO. No tienes voluntad propia, (Con dureza.)
ni dignidad, ni valor.
MAR. Oye.
ADOLFO. Escuso la pelea:
mi afecto se trunca ya.
—Quien á una idea se dá,
debe morir con su idea.
Adios...
MAR. ¿Te alejas?
ADOLFO. Me ausento

porque lo vário me hastía.

MAR. ¡Ay, Adolfo! En este dia
solo escucho al sentimiento.
Y á mi hermano, aunque me dejas
tratándome tan mal tú,
no vendo como Esaú
por un plato de lentejas.

ADOLFO. ¿Me desafías?

MAR. No intento...

ADOLFO. Cuando mi amistad invoques...

MAR. Yo la invoco, mas no toques
las fibras del sentimiento.

ADOLFO. Sublime fraternidad,
yo te saludo...

MAR. Cruel!...

ADOLFO. Que hoy ha subido el papel
de la sensibilidad.

MAR. (Desalmado!)

ADOLFO. Dios lo manda
y es así, cuadre ó no cuadre.
(Acercándose á Mariano que queda pensativo.)
Cuando uno se encuentra padre,
pone la epidérmis blanda.

MAR. Padre! ¿Qué has dicho! (Espantado.)

ADOLFO. ¿Porqué
te alteras?

MAR. Habla. ¿Tú sabes
que yo soy?...

ADOLFO. Basta. No acabes
la frase.—¡Todo lo sé!
—¿Como quieres, desdichado,
que ignore mi intuicion
la causa de esa emocion
que tu mente ha trastornado?
¿No penetro en la guarida
de tu existir turbulento?
¿No vivo en tu pensamiento?
¿No soy el rey de tu vida?
¿Pues cómo tu razon crëe
que gozando de ese imperio,

tan recóndito misterio
del pasado no sondée?
—Tú, á una juvenil belleza
supistes enamorar,
tú te atreviste á manchar
su virtud con tu impureza;
tú, con criminal rigor,
despues que la mancillaste,
pobre y sola la dejaste
con el fruto de su amor.
Tú, á quien ninguna lazada
de honor tenia sujeto,
posees, cual yo, el secreto
de aquella hija abandonada.
Y mientras que palpitante
la esperas acariciar,
meditas cómo engañar
al amigo... y á la amante!

MAR. ¿Quién de tu amistad se afana
por robarme el patrocinio?

ADOLFO. ¿Quién ha de ser? Mi dominio
sobre tu flaqueza humana!

MAR. (Con supersticioso terror.)
¡Tu dominio!

ADOLFO. El solo. Sí!
Mi ciencia suprema y fuerte.
—Mas te abandono á tu suerte.
(Alejándose de nuevo.)
¡Ya no eres digno de mí!

MAR. Adolfo... escucha.

ADOLFO. (Desde la puerta.) (Atencion.)

MAR. (Me hunde si no me retracto.)
Yo he sido perjuro al pacto
de nuestra amistad.—Perdon
te solicito. (La ruina
me amaga con su abandono!
Y... cuándo!)

ADOLFO. (Acercándose.) Bien; te perdono.
Nada sabrá Carolina.

MAR. (Estrechando con efusion la mano de Adolfo.)

Gracias! Resucitas mi ánimo.
Al fin...

ADOLFO. Deten la espansion,
pues pongo una condicion
á mi proceder magnánimo.

MAR. Dila. (Con ansiedad.)

ADOLFO. ¿Juras con cachaza
oirme, despreciando el duelo,
si te descorro algo el velo
de nuestro estado en la plaza?

MAR. ¿Peligramos?

ADOLFO. (Cederá.)
No temas...

MAR. Habla. (Con creciente inquietud.)

ADOLFO. Al instante. (Leve pausa.)
Tu crédito vacilante
se ha desmoronado ya.

MAR. ¡Qué escucho!—Me engañas.

ADOLFO. No.
Las pérdidas suben tanto,
que hoy vino el postrer quebranto
y el vaso se desbordó.
Apenas puse pié en tierra,
supe, entre varios estragos,
que ha suspendido sus pagos
la casa Fritz de Inglaterra.
(Mostrándole un papel.)
—Mira.

MAR. ¡Tu comercio trizas!

ADOLFO. Di el nuestro: mas hay poder
para hacerlo renacer
cual fénix, de sus cenizas.

MAR. Dí.—Con el alma te atiendo.

ADOLFO. Titubearás?...

MAR. Ya me irritas!
—¿Vés que soy padre y dubitas
del afan en que me enciendo!

ADOLFO. Haz quiebra. (Despues de una corta vacilacion.)

MAR. (Reponiéndose de su sorpresa y levantando la frente.)

¡Intencion malvada!

ADOLFO. (Con rapidez.) Si hallas el nombre antipático,
en lenguaje burocrático
se dice mejor, *jugada
de bolsa*. Ninguno sabe
que tú juegues de este modo;
lo haces, rompiendo por todo,
y el papel baja.—Es la clave.
—Perdido queda el tesoro;
mas yo, que rijo tu caja,
habré jugado á la baja
y acude á mi bolsa el oro.
Rico yo... rico Esaú, (Marcado.)
y mañas, sobrado añejas,
trocarán nuestras lentejas
en opíparo ambigú.

MAR. Y te atreves!...—¿Con mi honra
lucrar!

ADOLFO. Como amigo, digo...

MAR. ¡Gran Dios! Me llama su amigo
y urde mi mayor deshonra!

ADOLFO. ¿La condicion no te agrada?

MAR. No. (Con firmeza.)

ADOLFO. Pues que tu hija se aflija! (Con encono.)

MAR. Recobrar quiero á mi hija (Arranque.)
con la frente levantada!

ADOLFO. Dejo que tu alma taladre
la sinrazon. (Mal negocio.)

MAR. Lo que tu esclavo, tu sócio
hiciera, repudia el padre.

ADOLFO. ¿No cedes? (Exaltándose.)

MAR. No cederé,
pues ya desprecio me inspiras.

ADOLFO. Basta! ¿Provocas mis iras!...
Sabrá estrujarte mi pié.
(Dirigiéndose á la puerta derecha.)

MAR. Nada temo. Pon en feria
mi caudal improvisado,
que yo, de tí emancipado,
feliz seré en la miseria.

ADOLFO. Acepto el reto. (Váse.)
MAR. (Con firme conviccion.) Sereno
contemplo en torno la paz,
pues arrancas tu antifaz
para empezar yo á ser bueno.

ESCENA V.

MARIANO.—MATÍAS.

MAT. Bien, hermano mio! (Saliendo por la izquierda.)
MAR. Rota (Escribiendo.)
esa amistad que envilece,
me horroriza, me estremece
el nombre de bancarrota.
Sin demora acudir quiero
á mis amigos, que en esta
situacion, no hay mas respuesta
que el dinero, sí, el dinero.
MAT. ¿Tal confianza has merecido
que pretendes conseguir?...
MAR. Yo no hago mas que pedir
lo que ellos me han ofrecido.
MAT. ¿Crees que oirán esta vez
tu ruego?
MAR. Si así no fuera,
dime, Matías...—¿Qué hiciera
para probar mi honradez?
MAT. Ajenos á tu clamor
serán, Mariano, quizás!
MAR. Pues qué! ¿Ha de estimarse mas
el dinero que el honor?
Dios no me abandonará
en este trance supremo.
MAT. ¿Confias?..
MAR. Confio... y temo! (Con espanto.)
MAT. Desecha esa ambicion ya.
MAR. Sed de riquezas ayer
imperó en mi corazon:
hoy no ejerce esa pasion

sobre mí ningun poder.
Sí, Matías; el infierno
á su víctima rechaza.

ESCENA VI.

Dichos.—MADRONA.—ESPERANZA.—Luego HIPÓLITO.

MAD. Hijos! (Saliendo por la derecha.)
MAR. Esperanza, abraza
á tu padre!
ESP. ¡Dios eterno!
MAD. ¡Será posible!
MAT. Los lazos
del bien el cielo le presta.
MAR. Madre! Esta es mi hija! Sí. Esta!
ESP. ¡Ah, padre! (Con espansion.)
MAR. Ven á mis brazos!
ESP. Libre el corazon alienta
de mi padre al dulce acento.
MAR. (Del gozo que esperimento
es dardo agudo mi afrenta!)
MAT. Vuelve en tí! (A Mariano.)
MAD. (Impaciente.) Alabada hora!
MAT. Adolfo para perderte
se agita. Contra la suerte
batallemos sin demora.
MAR. Mi ruina venderé cara.
Siento mi sér reanimado!
ESP. Arruinado!
MAD. (Con dolorosa sorpresa.) ¡Tú arruinado
sin que yo lo sospechara!
MAR. Madre, Dios ha consentido
que viera el abismo antes
de sucumbir.
MAD. Mis constantes
despilfarros te han perdido!
MAR. Todavía no.
HIP. (Desde la puerta derecha.) Una dama,
sin dejar su carretela,

nos ha entregado esta esquela
para usted.

MAR. ¿ Cómo se llama ?

HIP. Doña Carolina...

MAR. (Tomando la carta.) Oh !
No os lo dije? —Ya fulgura
el astro de mi ventura.

MAT. Tambien te engaña.

MAR. Ella? No.
Vida el engaño no toma
debajo tan dulce faz.
Este es el íris de paz
que en nuestro horizonte asoma.
Seguro estoy—pues la quiero,
de su indestructible amor ;
y si este fuera otro error,
seria el error postrero.
—Leamos : « Mariano ; he sabido
que tu caudal se evapora.
Aunque, segun me dijeron,
naciste de baja estofa,
disfrazabas con el lujo
lo prosáico de la forma.
En la dorada corriente
de una pasion transitoria,
henchimos globos de viento
con el jabon de la pompa;
pero al sol de tu miseria
se ha deshecho la bambolla.
Yo corro tras los placeres :
el oro es mi única norma.
Sé que saldrias de agobio
si te ofreciera mis joyas,
pero ninguna mujer
vende sus galas preciosas,
trofeos de sus conquistas
ó emblemas de sus victorias.
Sufre, menguado pigmeo,
de tu ambicion la carcoma,
solo, sujeto cual réprobo

á la desvalida roca.»

(Mariano se deja caer en un sillon.)

MAD. (Con exaltacion.)
Nó solo, nó desvalido
sufrirá el mal que le azota;
pues aun le queda su madre,
bálsamo hallará de sobra.
Toma mi sangre, hijo mio;
toma mi caudal, mis joyas,
con ellas busca dinero,
con ellas salva tu honra.
—La pobre mujer del pueblo,
la infeliz trabajadora,
la que acaso fué de alguno
objeto de torpe mofa,
hace lo que hacer no pudo
la amante ni la señora
y dará su vida al hombre
que contempla en la derrota.

MAR. (¡Qué suplicio!)

ESP. Sin dolor,
olvide á esa criatura
y seque su desventura
el cendal de nuestro amor.
A quien el cielo dá bienes
en nuestro afecto sin daño,
¿para qué esquiva un engaño?
¿para qué llora desdenes?
Devolveremos las dos
á su espíritu la calma,
que amor que arranca del alma,
es eterno como Dios.

MAR. ¡Séres queridos!

MAT. Respira.

MAR. (Por Madrona.)
Me veré en su ancianidad.

MAT. Esto, Mariano, es verdad.
Aquello, todo es mentira.

MAD. De ese lodazal inmundo
al punto, Mariano, sal,

que ante al amor maternal
todo es pequeño en el mundo.

MAR. Comprendo la intensidad
de este santo sentimiento.

MAD. Mas no lo sientes!

MAR. (Con seguridad.) ¡Lo siento!
Tambien soy padre... Confiad
en quien á sentir alcanza
este amor que el cielo envia.
—Ahora debo, madre mia,
por mi honor y el de Esperanza,
levantar la frente erguida,
y mi mano en el telar,
consagrarme á trabajar
todo el resto de mi vida.
Así lo prometo hacer.

MAD. Amor todo lo concilia.

MAR. Los lazos de la familia
son los lazos del deber.

ESCENA VII.

Dichos.—HIPÓLITO.

HIP. Personas que dicen son
acreedores, verle aguardan
y entre ellos tambien están,
los obreros de la fábrica.

MAR. (Cambiando completamente.)
Bien venidos. Dí que suban.
Entren todos en mi casa;
encuentren en ella á un tiempo
mi decoro y mi desgracia.
(Váse Hipólito.)
—Matías, para los hombres
que conservan pura el alma,
las seducciones del mundo
enturbian tal vez su marcha,
mas brotan tarde ó temprano

las fuentes de la enseñanza
y el lodazal nauseabundo
se trueca en fértil comarca.
—Abrid esas puertas.

MAT. (Abriendo las dos hojas de la puerta de la derecha.)
Cúmplase
tu voluntad.

OB. 1.° (Dentro.) En la sala.

(Todos entran en desórden y al ver la actitud de Mariano, permanecen silenciosos.)

ESCENA VIII.

Dichos.—OBREROS.—GENTES DEL PUEBLO.

MAR. Hablad!

ESP. (¡Dios omnipotente!)

MAR. No enmudezca vuestra boca:
hablad, que tan solo toca
el silencio al delincuente.

OB. 1.° Yo...

MAR. Condenadme al suplicio
que en vuestros semblantes leo.
Sois jueces aquí; yo... el reo
que se presenta á juicio.
Ninguno á infundirle alcance
compasion la pena mia;
porque este dia, es el dia
de un vergonzoso balance.

OB. 1.° Si tienes los ojos fijos
en nosotros, podrás ver
que debemos mantener
á la esposa y á los hijos.
El salario del obrero,
sin ser cantidad de monta,
es sagrado. Conqué apronta
lo que debes.

ALGUNOS. ¡Sí!

MAR. Eso quiero.

Mi anhelo os satisfará,
porque á ello tan solo aspiro;
mas concededme un respiro...
dadme una tregua.

OBREROS. (Todos sonrien con ironía.) ¡Ja, ja!

MAR. No me rechaceis así.
Un plazo reclamo y fiel
sabré pagaros... ¡hasta el
último maravedí!
—Yo escito vuestra hidalguía.
Sed caritativos hoy:
fuí culpable... ¡pobre soy!

OB. 4.º Pues tu fábrica...

MAR. No es mia.
Ninguno me la reclame.

OB. 1.º Tu riqueza...

MAR. (Amargamente.) Era soñada!...
He sido en esta jugada
instrumento de un infame.

OB. 1.º Por dar cima á su ambicion (A los suyos.)
á estas patrañas acude.

MAR. ¿Querréis que yo tambien dude
de vuestro leal corazon? (Con exaltacion.)

OB. 1.º Todos sabemos que llevas
estudiadas tus lecciones.

OB. 5.º No se paga con razones,
sino con pruebas. (Alzando la voz.)

Todos. ¡Con pruebas!

MAR. Pruebas veriais en mí
si el alma cuerpo tomára.
—¡Dios mio! ¿Quién les mostrara
la conviccion que hay aquí!
Pero ¡qué idea!—Apartad
vuestros amargos recelos.
Su luz me envian los cielos.
—¿Pruebas quereis?... Esperad.
(Con energía.)
—Madre!... El pobre ya rehusa
el trage del caballero.
—¡Venga mi blusa de obrero!

Mi blusa!... ¡Quiero mi blusa!

MAT. Tu afan esta vez no es vano.

(Quítase la blusa que cubre su chaqueta y se la pone á Mariano, que con igual velocidad se despoja de su levita. Movimiento general de asombro y aprobacion.)

OB. 1.° ¡Cuánto á nuestros ojos creces!

MAT. ¡Toma!

MAR. ¡Bendita mil veces
la blusa del artesano!
Mi honrado padre la trajo.
Vestirla quiero cuál él.
—Este es el símbolo fiel
de la virtud y el trabajo!
Ya no es mi suerte precaria
vistiendo el frac que aborrezco.
—Compañeros; pertenezco
á la clase proletaria! (1).
Miradme ya.

MAT. Bien!

OB. 1.° Löor
á tu noble proceder.

MAR. Yo pido en vuestro taller
mi antiguo puesto de honor.
Libre allí de ese cilicio
que me repugna y me mata;
hombre al fin, que se rescata
de las falanges del vicio,
os diré, cuando rendidas
las fuerzas busquemos calma,
cuán pobre dejan el alma
riquezas mal adquiridas.
Quiero mi honor depurar.
Llevadme á aquel santo techo.
—Aire codicia mi pecho
del aire de mi telar!

OB. 1.° (Adelantándose al frente de los demás.)
Mariano!...

(1) Esta redondilla es la suprimida por el Censor de Teatros.

MAR. Sienta esos lazos
de mi cuerpo en derredor.
OB. 1.º ¿Tú reclamas nuestro amor?
Todos te abrimos los brazos.
MAR. (Despues de abrazar á los trabajadores.)
A vuestras puertas llamé.
¿Cómo encontrarlas cerradas?
OB. 1.º Quedan tus deudas pagadas.
—Nada acreditamos!—Vé!
(Rompiendo varios papeles.)
MAR. ¡Hermanos del corazon!
OB. 4.º La antigua amistad renuevas.
OB. 1.º Tambien te daremos pruebas
de constante abnegacion.
TODOS. Tambien, sí.
MAT. Aleja el temor
de la miseria; no penes,
que no carece de bienes
el hombre que tiene honor.
OB. 1.º No te faltarán socorros
para librarte de apuros.
OB. 5.º Aquí tienes siete duros.
OB. 1.º Yo te ofrezco mis ahorros.
OB. 4.º Yo un mes de jornal.
OTRO. Yo dos.
MAT. Hermano, esta union derrama
sobre tí la dicha, y llama
las bendiciones de Dios.
MAR. Gracias, sin fin. — Pondré en venta
todos mis muebles y espero
pagar con ese dinero
muchos créditos.
OB. 1.º ¡Alienta!
Tuya es nuestra bolsa.
OB. 5.º Puedes
disponer como te cuadre.
MAR. (Con satisfaccion marcada.)
Ya soy jornalero, madre!

ESCENA IX.

Dichos.—ADOLFO.—UN ESCRIBANO.

ADOLFO. Con el permiso de ustedes.
MAT. ¡ Oh ! (Váse precipitadamente por la derecha.)
ADOLFO. Ha llegado á mi noticia (A Mariano.)
que usted arruinado queda
y he de evitar que proceda
de lijero la justicia.
Si alguien la casa atropella
(A los obreros.)
creyendo justo su empeño,
conste que yo soy el dueño
de todo cuanto hay en ella.
— Este papel lo acredita.
(Mostrando el papel que Mariano firmó en el prólogo.)
MAR. (Mi razon se desvanece !)
ADOLFO. La casa me pertenece
y despido al que la habita.
OB. 3.° (A los suyos señalando á Adolfo.)
(Este el sosiego separa
del artesano sencillo.)
OB. 1.° (Para saber que es un pillo
no hay mas que verle la cara.)
ADOLFO. Quiero que más no ambiciones (A Mariano.)
y á tus males te encadeno.
MAR. Arrepentido y sereno (Tranquilamente.)
romperé estos eslabones.
MAD. (Su ángel malo!...) (A los obreros, por Adolfo.)
ADOLFO. (Con imperio á Mariano.) (Sal.)
MAR. (Con ira.) Es vano
tu afan. Vengarme antes quiero.)
ADOLFO. Soy legítimo heredero (Alzando la voz.)
de la casa de mi hermano.
Sin testar murió, y me cuento
primero que otros parientes.
Amo soy...

ESCENA X.

Dichos.—ANSELMO.

ANS. (Entrando por la derecha con un papel en la mano.)
Impostor, mientes!
Aquí está su testamento.
La celeste ira te alcanza
en la senda criminal.
— La heredera universal
de Jorge, es...
TODOS. (Con ansiedad.) ¿Quién?
ANS. (Con regocijo.) ¡Esperanza!
Vedlo. (Mostrando el testamento. El escribano se retira.)
OBREROS. ¡Bravo!
MAR. Ciertamente.
ADOLFO. (¡Todo ese papel lo trunca!)
ESP. ¡Ah! (Abrazando á Madrona y Anselmo.)
ANS. La Providencia nunca
abandona al inocente.
(Volviéndose á Esperanza. En tanto los obreros felicitan á Mariano.)
Jorge de Upter, — no lo ignores, —
dió su alma al rey de los cielos,
recibiendo los consuelos
de la Hermana Ana Dolores.
MAR. ¡Dolores! (Con espanto.)
ANS. Con ansiedad
díjole á la humilde sierva:
«hasta ir á España conserva
mi postrera voluntad.
De Esperanza es cuanto yo
poseo... su horfandad cuida...»
—Y ella, de esperanza henchida,
á España se dirigió.
ESP. Mensagera quiso ser
de nuestra ventura, ¿es cierto?

MAR. (En voz baja á Anselmo y con marcado interés.)
¿Dónde está tu hermana?

ANS. (Ocultando su emocion.) ¡Ha muerto!

MAR. Pues ¿quién es esa muger?

ADOLFO. (Oigamos.)

ANS. Un alma errante
que el perdon de Dios implora!...
Un sér que el engaño llora
de su fementido amante!

MAR. (¡Justo cielo!)

ADOLFO. (La venganza
aun me alienta.)

MAD. Anselmo, ¿á quién
le debemos tanto bien?

ANS. (Despues de una pausa y no pudiendo contener sus lágrimas.)
¡A la madre de Esperanza!

MAR. (¡Es ella!) Ahuyenta el rubor (Muy agitado.)
que sobre tu frente pesa...
y dime: ¿tu hermana es esa?

ANS. ¡Sí! (Bajando la voz.)

ADOLFO. Abraza á su seductor.
(Señalando á Mariano con aire de triunfo.)

ANS. ¡Maldicion!...
(Vá á arrojarse sobre Mariano pero Esperanza se coloca entre los dos.

ESP. El golpe agudo (Suplicante.)
antes mi pecho taladre.

ANS. ¿Le defiendes!

ESP. Si es mi padre,
¿no he de servirle de escudo?

ANS. El que á la madre deshonra
sin que tal falta corrija,
no es padre para su hija,
es... ¡robador de su honra!

ESP. No!... Es padre siempre. De modo
que al lavar su culpa el llanto,
le cobija con su manto
el que lo perdona todo! (Pausa.)
Para salir de este abismo, (A Mariano.)

con fé ardiente y dulce calma,
purificarán vuestra alma
las fuentes del cristianismo.

ANS. Ellas apagan mi encono,
que ante Dios se inclina el hombre.
—Mariano Romeu, en nombre
de Dios tambien te perdono.
Allá en letras de oro brilla:
«perdona á tus ofensores...»

ESCENA XI.

Dichos.—MATÍAS.

MAT. (Abrese la puerta del fondo y aparece éste.)
Para que honres á Dolores
dispuesta está la capilla.

MAR. Vamos pues. Debo acatar
los altos juicios de Dios.

ANS. Anda y que os una á los dos
el ministro del altar.
(Esperanza va á seguirle, pero Anselmo la detiene. Váse Mariano y ciérrase tras él la puerta del fondo por donde se verán las luces de la capilla.—Los obreros hablan entre sí.)
Tú despues. (A Esperanza.)

MAD. (A Anselmo.) Nos has librado
de un golpe fatal.

ANS. Madrona,
el que en el mundo ambiciona
es un sér muy desgraciado.

MAT. ¿Qué espera usted? (A Adolfo.)

ADOLFO. Te es infiel
la memoria, segun veo.
Tengo un arma que la creo
poderosa. (Sacando el papel del acto 2.º)

MAT. (Con desprecio.) ¿Ese papel?

ADOLFO. Lo daré á los tribunales
y el golpe no será vago.
No podrás pagar...

MAT. Sí pago.

Tengo los diez mil reales
y devolvérselos quiero
en esta tierra de España,
con el premio de una hazaña
debida al oro estranjero.

ADOLFO. ¡ Fiera emboscada !

MAT. (Volviéndose á los obreros.) Aun así
no estamos vengados.

OB. 1.º No.

MAT. Al vil que nos infamó
incumbe penar aquí.
(Impidiendo la salida á Adolfo.)

ADOLFO. Teneos !

MAT. Por vida mia
que tu mente se alborota
y es muy posible que rota
dejémos nuestra hidalguía.—
¿Quisiste la perdicion
de esta tierra , tu enemiga ?
—Esta tierra te castiga...
otorgándote el perdon!
—Véte.—Dejadle marchar.
—Así venganza tomemos.
Lo que somos y valemos
dejad que vaya á contar.
Y ¡ ay de vosotros ! si agita
la suerte nuestro futuro ,
por qué entonces , de seguro
que os volvemos la visita!
—Su maquiavélico intento
gloria me proporcionó,
pues el instante llegó
de mostraros el invento.

ANS. ¿Será cierto?

ESP. ¡Fausta nueva!

MAD. Justo es que el mundo te alabe.

MAT. El éxito ya se sabe
aunque no asistí á la prueba.

ANS. Y ¿qué es lo que en este dia
te hará inmortal y feliz?

MAT. Lograr la fuerza motriz (Con orgullo.)
por medio del agua fria.
Aunque á muchos no les cuadre,
todo el español lo alcanza.

ANS. ¡Bien, Matías!

(Vuelve á abrirse la puerta del fondo y aparece Mariano.)

ESCENA XII.

Dichos.—MARIANO.

MAR. Esperanza,
ven á abrazar á tu madre. (Váse.)

(Esperanza vá á entrar en la capilla, pero al reparar en Anselmo se detiene.)

ESP. Sí!...— La gratitud mi huella
detiene al veros á vos.

ANS. Hija!.. Vé... Bendice á Dios
y luego abrázala á ella.

MAD. Yo te acompaño. (Vánse por el fondo.)

(Oyese un rumor lejano interrumpido por una banda militar y el silbido que produce la locomotora. Todos se acercan á la ventana ó galería.)

ESCENA ÚLTIMA.

ANSELMO. — MATIAS.—OBREROS.

OB. 1.° Allá abajo
silva la locomotora.

OB. 2.° Ya se acerca.

MAT. (Con orgullo.) Este es ahora
el premio de mi trabajo!

ANS. Tribútante esta ovacion
y por tu bien se interesan,
los soldados que regresan
de lo honrosa espedicion.
Esa gente brava, espera
que en este suelo fabril,
presten reposo al fusil

el mazo y la lanzadera.
—Con nuestro sudor, la faz
de esos héroes refresquemos
y así consolidaremos
el imperio de la paz.
Si alguien en romper se afana
de prosperidad los lazos,
defended con vuestros brazos
á la INDUSTRIA CATALANA;
y sepan , dó quiera brote
un grito de admiracion,
que es santa nuestra mision
como la del sacerdote.
Son efímeros placeres
esos que la holganza presta.
—Pasad, y amareis la fiesta,
la semana en los talleres;
que el que emplea con ardor
su juventud, halla luego
tras el trabajo el sosiego,
que es la riqueza mayor.
—Laboriosos campeones,
nadie á la holganza se rinda;
pues solo el TRABAJO brinda
bien durable á las naciones!

FIN.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada, si se suprime la redondilla atajada en la escena 12 del tercer acto.—Madrid 3 de diciembre de 1862.

El censor de teatros,

Antonio Ferrer del Rio.

ERRATAS ESENCIALES.

Página	38	dice:	¿Quién vé?
		léase:	¿Quién vé...?
«	47	dice :	Protegió al amo reácio.
		léase:	Protegió al amo reácia.
«	62	dice :	El insigne Munturiol.
		léase:	El insigne Monturiol.



Este drama se vende á **4 reales** en la *Libreria Española*, Rambla del centro, n.° 20, calle Ancha, n. 26 y en las demás librerías principales de esta capital.